

ACTIVIDAD

DEL ATENEEO

Siguiendo un plan informativo, el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón, se asoma a su órgano "Revista de Menorca" para dar cuenta de su actividad desde las fechas de confección del número anterior.

La vida ateneísta puede resumirse en los diversos apartados que siguen:

PREMIO ATENEEO DE MAHON, 1962 DE POESIA

Como estaba anunciado se realizó la justa literaria "Premio Ateneo de Mahón" que este año de 1962 ha sido de Poesía.

Varias de las composiciones que acudieron a certamen son de autores peninsulares, gracias a la publicidad de la Prensa en algunas capitales. De todos modos, y de ello nos congratulamos, una mayoría de los presentados a concurso son poetas menorquines.

El día 8 de septiembre (fiesta patronal de Mahón) en sesión académica, celebrada en el salón del Ateneo; se hizo pública la decisión del Jurado dándose lectura al Acta que dice:

“En la Ciudad de Mahón a primero de septiembre de mil novecientos sesenta y dos.

Constituido por las señoras y señores indicados al margen, debidamente convocado, y bajo la Presidencia del señor Victory de Febrer, actuando de Secretario el señor Mercadal Fornaris, se ha reunido en el local del Ateneo C. L. y A. de esta Ciudad, y siendo las seis treinta de la tarde, el Jurado calificador del Premio de Poesía 1962, al cual previamente habían sido entregadas las poesías depositadas en la Secretaría de dicho Ateneo hasta el día 15 de agosto próximo pasado.

El total de composiciones presentadas ha sido de cuarenta y cinco, veinte y nueve en castellano y diez y seis en lengua vernácula, obra de veinte y tres autores.

Desde un principio se acuerda no dar por presentada, por no reunir las condiciones fijadas en las bases del concurso, una composición titulada “La ciutat enfonsada”, de autor desconocido, entregada bajo el lema de “El bon misatget de Parrella”. Dicha composición será devuelta a la Secretaría del Ateneo.

Previo un detenido cambio de impresiones entre todos los miembros del Jurado, se acuerda por unanimidad conceder los premios anunciados en la siguiente forma:

El “Premio a la mejor Poesía” a D. Gumersindo Riera Sans, domiciliado en las Escuelas Graduadas, digo Nacionales Graduadas, de San Sadurní de Noya, por su composición “POEMA DEL DOLOR”.

El “Premio a la mejor Poesía en lengua vernácula” a D. Juan Timoner Petrus, domiciliado en esta ciudad, San José 18, por su composición “OFRENA A LA MARE DE DEU D’EL TORO”.

Se adjuntarán a esta acta los originales premiados, y, en cuanto al resto serán retenidos por el Secretario para su destrucción una vez emitido el fallo del Jurado, de acuerdo con lo establecido en la base séptima del concurso.

Y, para que así quede constancia, firman esta acta los componentes del Jurado que en el margen se reseñan, en lugar y fecha al principio indicados.

D. Juan Victory de Febrer. — D.^a Maria Luisa Serra Belabre.

D.^a Maria Antonia de Olives Mercadal. — D. Andrés Casasnovas Marqués.

D. José M.^a Mercadal Fornaris.”

Seguidamente, el Sr. Riera, casualmente en Menorca, recibió de manos del Sr. Alcalde interino D. Guillermo de Olives, la placa de plata y leyó la poesía premiada. En representación del Sr. Timoner, su señora esposa recibió la placa de plata y D. Andrés Casasnovas dió lectura a la composición galardonada. Los unánimes aplausos expresaron el sentir de los presentes al acto.

La Prensa local publicó amplios y favorables comentarios a la decisión del Jurado y a la sesión en general.

Devuelta a Secretaría la composición “La Ciutat enfonsada” la Juna Directiva acordó, dada la calidad del poema, recomendar su publicación en “Revista de Menorca” y así se hace en el presente número.

El Ateneo, desde esta publicación, se complace en felicitar a los autores premiados, a la vez que, de acuerdo con la base 8^a del concurso, tiene el honor de presentar a la consideración de los Sres. lectores las poesías premiadas cuya calidad reafirma la conocida personalidad de los autores. Asimismo se ruega al autor que vela su nombre con el seudónimo de “El bon missatget de Parella” que ante la imposibilidad de identificarle, acepte nuestra consideración distinguida al publicar su trabajo “La ciutat enfonsada” con el ruego de dar a conocer su nombre dirigiéndose a la Secretaría de este Ateneo. Y a todos los participantes, que comprenden la imposibilidad de conceder cuarenta y cinco premios, el Ateneo les felicita por la tónica general y por

la participación que hizo posible añadir un nuevo hito a la labor cultural y artística en nuestra isla.

Estableciendo una continuidad en los concursos del Ateneo (Salón de Primavera, Premio Ateneo de Mahón y Concurso de Fotografías) éstos reaparecerán anualmente. El Premio Ateneo, de modalidad literaria, podrá variar su temática.

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE TEMA MENORQUÍN

Del 24 de diciembre a 6 de enero próximo se expondrá en el Ateneo las fotografías presentadas a concurso, que se convoca en colaboración con la Sección Fotográfica de la Casa de la Cultura de Mahón y el Foto-Club del Círculo Artístico de Ciudadela. El plazo de admisión finalizará el 15 de diciembre de 1962.

Las fotografías, de un tamaño de 18 x 24 cms. se presentarán sin montaje alguno y acompañadas de una copia en tamaño postal, en la Secretaría del Ateneo (Cifuentes 25) personalmente o por correo certificado.

Las fotografías, en blanco y negro o en colores, han de ser de tema menorquín abarcando cualquiera de los siguientes aspectos.

Primero: Monumental, arquitectónico, urbano.— Segundo: Histórico, folklórico, típico.— Tercero: Religioso.— Cuarto: Turístico.— Quinto: Marítimo.— Sexto: Rural o agrícola.— Séptimo: Artesano o Industrial.— Octavo de actualidad, curioso.

Los participantes serán cuantos aficionados lo deseen y asimismo los profesionales, éstos últimos fuera de concurso.

Este concurso, difícil en principio por su circunscripción isleña, no cabe duda de que ha de proporcionar al aficionado fotógrafo motivo para encariñarse con él a través del lógico sentimiento hacia Menorca, de quien en ella vive, o en ella ha nacido. Al profesional ha de proporcionarle

margen para dar a conocer una habilidad ya manifiesta aunque imperiosa y comunmente limitada al retrato.

A todos se nos depara una ocasión de conocer mejor la belleza de España en Menorca.

Se concederán Medallas de honor a la mejor fotografía en blanco y negro, a la mejor en color y a la mejor colección sobre un mismo tema. Primeras medallas se distribuirán a cada especialidad de las apuntadas en las bases que a juicio del Jurado merezcan tal distinción. Se gestionará la concesión de otros premios.

VIDA MUSICAL

Dentro de la ininterrumpida serie de actuaciones del Grupo Filarmónico cabe destacar, en el día 29 de agosto, el Concierto vocal e instrumental que organizado conjuntamente por el Ateneo y el Casino Mahonés, ofreció, en los salones del último, la presentación en Mahón de la soprano lírica Srta. D^a Maria Luisa Castellanos y la actuación de las pianistas Srtas. D^a Juana Clar y D^a Lolita Mir Ortiz. El concierto mereció unánimes plácemes y el interés de los medios difusores locales.

CONFERENCIAS

Misión de una entidad cultural que se renueva, es la que mantiene el Ateneo de situarse ante los problemas actuales y dar a conocer las cuestiones de interés futuro. Por todo ello dos han sido las conferencias, y ambas del tipo anunciado las que se han desarrollado a la cátedra ateneísta.

La primera, en 31 de agosto, bajo el título "El Marketing o la nueva filosofía comercial", fue presentada por D. Fernando Sintés Obrador, Profesor de la Escuela de Organización Industrial de Madrid.

Una segunda conferencia "La novela y el novelista. La Novela Española de Hoy", fue expuesta por D. Miguel Gonzalvo Cuartero el 27 de septiembre.

C I N E

Se han proyectado 60 películas culturales, en español, inglés y francés.

EXPOSICION

Del 7 al 20 de septiembre, el profesor de Historia del Arte de la Universidad de Zurich, Erwin Burkhart, expuso su colección de Arte Chino en el Ateneo, exposición muy visitada y que ha servido de divulgación del Arte oriental.

VISITANTES ILUSTRES

El día 6 de julio, con motivo de la concesión de la Medalla de Oro de Ciudadela estuvo de paso en el Ateneo, el ilustre filólogo D. Francisco de Borja Moll.

Para estudiar la colección de algas de D. J. J. Rodríguez, estuvo en nuestro Ateneo el 13 de julio, el profesor de la Universidad de Upsala (Suecia) Mats Noern acompañado de su ayudante Tvante Pekkari.

Para establecer en el seno del Ateneo un Centro de Estudios Europeos vino a Mahón D. Manuel Riera Clavillé, Vicepresidente del Instituto de Estudios Europeos y Director de la "Revista Europa" que, puesto en contacto con diversos Sres. de la Junta, marchó gratamente impresionado del interés con que se acogió la idea que próximamente se pondrá en realización.

Con estas notas generales se cumple la misión informativa de estas líneas que, ante la perspectiva del nuevo curso 1962-1963 han de continuar para recordar hechos y para señalar campos de participación a cuantos se sientan llamados a colaborar en la labor que se desarrolla, y que indudablemente ha de incrementarse, en pro de la ciencia, la cultura y el arte en Menorca.

ANDRES MURILLO

Secretario del Ateneo C. L. y A.

“PREMIO ATENEO DE MAHÓN 1962”
a la mejor poesía en lengua castellana

|||||
POEMA DEL DOLOR

|||||
A JESÚS SACRAMENTADO
|||||

Por GUMERSINDO RIERA SANS

P R E F A C I O

Mi alma desea ser
lo que puede apetecer,
y no aspira a ser copón,
ni eucarística canción,
ni aspira a ser incensario;
mi alma pobre y sencilla
desea ser lamparilla,
lamparilla del Sagrario.

I

A Ti vengo, Señor.
Soy un pobre poeta franciscano.
Me trae de la mano
un íntimo dolor.

Heme ya en tu morada,
pensativo y doliente.
Tú esperas que hable largamente,
y yo, Señor, no sé decirte nada.

II

Vengo enfermo, Señor, con las dolencias
que me muerden el alma a todas horas,
vengo enfermo de auroras,
Vengo enfermo de ausencias.

Vengo enfermo, Señor, de todo mal:
de sueños imposibles,
de hermosos horizontes intangibles,
de ansias infinitas de ideal.

III

¿Lo cierto de mi vida? El infortunio.
Al fin, lo comprendí;
por eso vengo a verte,
por eso estoy aquí.

Cuando yo fui dichoso, bien lo sabes,
tu contacto mil veces rehuí.
Señor: bendito sea el infortunio,
el infortunio que me acerca a Ti.

IV

Un día llegaré,
humilde y silencioso, hasta el altar.
Señor: estaré triste
y con grandes deseos de llorar.

Yo bien sé que mis lágrimas calientes,
como llamas de amor, van a quemar;
por eso iré fundiendo mi congoja
sollozando, Señor, junto al altar.

“PREMIO ATENEO DE MAHON 1962”

a la mejor poesía escrita en lengua vernácula

Ofrena a la Mare de Déu d'El Toro

Por JUAN TIMONER PETRUS

Enmig de la nostra illa una muntanya
i dalt de la muntanya un temple altiu:
de la Mare de Déu ferma peanya,
de la Mare i son Fill pulcríssim niu.

Als quatre vents oberta la mirada,
veu mar i cel a l'horitzó més vast;
com un betlem a son faldar escampada
tota la nostra terra al seu abast.

Seguint les valls, endret de tramuntana,
verd, ocre i roig s'estén Es Martinells;
bon temps i bona mar, fervent, demana,
vora el bell port, el pescador Fornells.

Al peu d'El Toro Es Mercadal l'adora,
Ferreries més lluny i a l'encontorn
puigs, camps i llocs proclamen-la Senyora
Alaior, Sant Cristòfol d'Es Migjorn.

Dins del xaloc, perdent-se en llunyania,
Mahó, Es Castell, Sant Lluís i Sant Climent;
blancs casolans, la flor de pagesia,
giren a El Toro esguard i pensament.

Devota de la Verge, Ciutadella
tramunta a El Toro son present reial;
per tal d'esser tothora devora Ella
hi va bastir pagesa catedral.

Tota Menorca, en penes o alegria,
envers El Toro acut en tot instant:
un poble que treballa i creu, confia
en Ella i en son Fill i va endavant!

El mariner quan son vaixell navega,
el pescador quan surt defora port,
el ciutadà, el pagès a Ella prega,
tothom a El Toro hi veu l'estel del nord.

Mare de Déu d'El Toro: a Vós s'atansa
de tot arreu de l'illa el càlid vol
de mils de precés d'empar i d'esperança
cercant en Vós socors, guia i consol.

Muntanya amunt, Menorca en romiatge,
sempre seguit ofrena-us son clamor,
tots els ulls són mirall de vostra imatge,
imant de tots els llavis vostra amor.

Davallau per nosaltres la muntanya,
reina i patrona els pobles gombolau:
àncora sou d'aquells qui se us fan plànyer,
brúixola sou d'aquells qui cerquen pau.

Mare de Déu, Mare de Déu d'El Toro:
compliu l'anhel dels vostres pelegrins;
si El Toro us va ser estoig en temps del moro
que ho siguin sempre els cors del menorquins.

Ofrenda a la Virgen de Monte El-Toro

[Versión castellana libre del autor]

En medio de la isla un alto monte
y arriba un templo con amor fabricado:
de la Madre de Dios firme peana,
de la Madre y su Hijo pulcro nido.

Abierta a cuatro vientos la mirada,
ve mar y cielo al horizonte avance;
como un belén en torno suyo, argéntea
toda la tierra nuestra está a su alcance.

Al curso de los valles, hacia el norte,
verde y ocre se extiende Es Martinells;
buen tiempo y buena mar, ferviente, implora
junto a su puerto, el pescador Fornells.

Es Mercadal, al pie del santo monte
la adora; Ferrerías y en redor
predios, campos proclámanla Señora
Alayor, San Cristóbal de Es Migjorn.

Al jaloque, Mahón, allá a lo lejos,
Villa-Carlos, San Luis y San Clemente,
caseríos, la flor de payesía
a Monte El-Toro vuelven vista y mente.

Devota de la Virgen, Ciudadela
tramonta a El - Toro su presente real;
para estar junto a Ella a todas horas
erigióle payesa catedral.

Menorca entera en goces o pesares
a Monte El - Toro acude en todo instante:
¡un pueblo que trabaja y cree, confía
en Ella y en su Hijo, y va adelante!

Cuando el marino en su bajel navega
o el pescador se arriesga en alta mar,
el ciudadano, el campesino, todos
miran en Ella la estrella polar.

Virgen de Monte El - Toro: a Vos se acerca
desde el confín del ruedo isleño el vuelo
de millares de preces de esperanza,
buscando cabe a Vos guía y consuelo.

Monte arriba, Menorca en romería
ofréndaos, sin cesar, su gran clamor,
de los ojos espejo es vuestra imagen,
de los labios imán es vuestro amor.

Bajad para nosotros la montaña,
real patrona, mostradnos vuestra faz;
áncora sois de los que a Vos suplican,
brújula sois de los que buscan paz.

Madre de Dios: de vuestros peregrinos
en Monte El - Toro obrad votos y fines:
si ayer estuche os fuera, séanlo siempre
los corazones de los menorquines.

LA CIUTAT ENFONSADA

LEMA El bon missatget de Parella

Autor anónimo

I

Bell capvespre autumnal. La pagesia
des de Son Saura fins a Santandria
s'ha juntat a la vora de la mar.
Es la festa dels joves. No treballen
i tots canten i ballen
al so d'una moresca melodia
i a la platja preparen el sopar...

—“Marc-Angel, ves al punt a Ciutadella
—diu l'amo de Parella
a un jove ros i bell que és son missatge—.
Ves a cercar la rella
a casa del ferrer
Llorenç qui està al carrer
de Santa Clara. Sents, beneit?... Afrissa!”

—“Tomeu, per què li manes fer viatge?
No sabs que és Sant Miquel, la seva festa?”

Avui tots els missatges van a missa
i canten, no fan feina”, diu madona
que és compassiva i bona.

Amb mirada feresta
l'esguarda son marit:
—“Muller, menys xerradissa!
I tu, al.lot, encara no ets partit?
Abans d'anar-te'n, mena el bastiar.
Si tornes massa tard, sense sopar
tindràs que anar al llit”.

Marc-Angel no respon. Obedient
va a l'estable i ensella
un ase i al moment
se'n va a cercar, joiós, la nova rella.

“Fill de Nostre Senyor i de Maria”,
nodrit per caritat a l'hospital,
fa tres anys que el prenia
l'amo en Tomeu —vell gras i sensual,
que com més doblers té, mes en voldria...—
Al pobre jove sempre volgué mal,
perquè no té set d'or
i és un lliri d'angelica blancor.

El donzell és feliç: tant se li'n dóna
que l'estimin o no: ell sempre riu.
Tan alta vida viu
que encara que sofreix alguna estona,
essent pel bon Jesús, ni se'n adona:
l'amor vivíssim tot ho transfigura!

Fent camí, canta, canta,
com si fos un ocell.
De son cor brolla pura
melodia inefable que l'encanta,

fins el punt que no cura
 —tan somia el donzell!—
 del camí que pren l'ase ximple i vell...

Després, què succeí? Ell no ho sabia:
 tan enlairat estava.
 Davant de l'ase vell la mar s'obria,
 i el jove s'endinsava
 enming d'una ciutat
 que fa segles ningú no ha contemplat.

* * *

Al tornar a Parella
 el sol és post. Al lloc tots han sopat.
 L'amo, com de costum, el reb irat.
 Marc-Angel, somrient,
 —“Sènyer! —li diu—, aquí teniu la rella”.
 La mira el vell pagès... Oh meravella!:
 Es puríssim argent!

Avui queda el rosari
 a mig resar. —Escolta, perdulari,
 qui t'ha donat aixó?” —“Doncs, el ferrer!
 Per cert que no ha cobrat ni un sol diner,
 heus aquí les set lliures que m'heu dat”.

—“Mon pare, serem rics!”, crida l'al.lota.
 L'amo respon amb una paraulota.

—“Xist, calla Catarina!...

—Tu, què fas aturat?

Nosoltres ja sopàrem, ves al llit!”

El jove se n'hi va. Fins la padrina,
 tots es passen la nit
 mirant-se aquell prodigi de la rella
 feta d'argent, tan bella!

L'amo en Tomeu roman silenciós:

sos ulls són dos puntéts de roig caliu...

—“Com descobrir el fet misteriós?”,
son fill major li diu.

—“Demà ho sabrem —respon—. Anem a jeure”.

Es posa el troç d'argent sota el coixí,
el treu i el torna a treure...

No tanca gens els ulls fins al matí.

* * *

L'endemà, quan encara no és de dia,
despertem el donzell: —“A Ciutadella
anirás a cercar una altra rella;
si tardessis —diu l'amo— et mataria!”

Serè, Marc-Angel resa i es vesteix;
pren l'aset i segueix
aquell mateix camí que ahir seguia.
Darrera d'ell, callant i d'amagat,
va amb el seu fill major l'amo en Tomeu.

Neix el sol dins un cel pur y daurat
i el jove lloa Déu...
Deixant l'ase el camí que va a la vila,
un carrerany enfila
que mena a bella platja.
Quan arriba a les ones, s'ha aturat.
L'amo i son fills s'acosten al misattge.
—“Avui —Marc-Angel diu— està tancat
el pas que ahir s'obria ben patent
per anar a l'incògnita ciutat”.

—“Tornem-nos a Parella!”

L'amo està furiós,
sens haver vist el fet miraculós
i sens tenir avui una altre rella
tota feta d'argent...

Dels tres, només el jove està content.

I I

El tercer dia és diumenge.
Marc-Angel va a Sant Francesc,
i amb l'ànima recollida
la missa major oeix.
Quan és acabat l'ofici,
el temple, flairós d'encens,
deixant, puja fins la cel.la
del seu confés Fra Anselm.

Aquest frare el dirigia
des d'infantó, i bé coneix
quin gran tresor de puresa
té l'ànima del donzell...

Marc-Angel li dona compte
de son esperit, i atent
reb del venerable frare
els sanitosos consells.

“Pare, —li diu—, fa tres dies,
la festa de Sant Miquel,
succeí una cosa estranya...,
voldria saber-ne el net”.

“Digues, fill meu, que t'escolto”.
“Em manà l'amo en Tomeu
cercar una rella nova
a can Llorenç el ferrer.
Pensant venir a la vila
—mirau si anava distret!—
l'ase, tira, tira, em duia
fins a la mar... Un portell
s'obria enmig de les ones,
i em ficava pels carrers
d'una ciutat encantada...”

Prest vaig trobar un ferrer,
li demanava una rella,

me la va dar... I ara vé
el fet increïble, pare!:
Era una rella d'argent!"

"Continua, continua".

"L'endemà l'amo en Tomeu
en feu el mateix encàrrec,
i em seguí amb son fill Josep.
Mentres l'ase feia via
jo somiava despert...

S'aturà enmig d'una platja,
tot just al mateix indret

On el jorn abans s'obria
aquell pas... Oh pare meu!,
digueu-me si aquest misteri
és del Cel o de l'infern!"

Un moment roman el frare
tot indecís i suspens.

Després els braços aixeca
conmogut; diu: "Ara veig
desxifrat aquest enigma!
Vine, vine, et llegiré
con l'antiga Paradel.la
fou enfonsada!" I el pren
pel braç, i baixen escales,
travessen claustres deserts
d'arcs ogivals, i penetren
a l'arxiu. El pare Anselm
amb mà febril escorcolla
pergamins i vells papers.

"Heus aquí —després exclama—
una llegenda de temps
molt llunyans, que un frare docte
fil per randa ens escrigué.
Moltes voltes l'he llegida,
no és una faula, ara crec

que és succeït ,com ho prova
el cas que m'has dit... Pugem
a la cel.la altra vegada,
sentirás com conta el fet”.

* * *

Asseguts prop de l'oberta
finestra, des d'on es veu
la plaça d'armes, i enfora
el port blavíssim, el vell
franciscà i el bon missatge
contemplen el document
escrit amb lletra borrosa.

Quan el llig el pare Anselm
i atent l'escolta Marc-Angel,
el mort pretérit reneix...

I I I

S'estén al sur de Jamma una gran plana
vestida de rouredes, que domina
superba la ciutat de Paradel.la.
Es diu que la fondaren els egipcis
damunt d'un antic poble talaiòtic:
per ço els seus monuments tenen la traça
dels temples de Luxor o bé de Memfis.
Les cases són de ben tallada pedra
i rectes els carrers; jardins umbrosos
l'esmalten de verdor i la perfumen
amb flaires saludables. Les murades
són fortes, de granit, i les coronen
cent torres de ciclòpea estructura.

Sos fills són opulents. Vesteixen teles
finíssimes de porpra. Or, ivori,
argent i clares pedres precioses
tots tenen abundants. Són bons artistes,

i el sílex i el basalt més dur treballen,
alçant per tot arreu les escultures
de reis antics o d'ídols monstruosos.

Es poble corromput. Només sedeja
argent, i pels plaers vilment sospira.
Adora un vadell d'or; i sang humana
li vessa ferament, a l'equinocci
d'autumne, que és sa festa més solemne.

Enguany serà la víctima escollida
un jove, fill del capitost de Jamma,
que és àgil caçador, i té nom Kadmi.
Rastrejava unes daimes per les verdes
planàries quan fou captiu. Gran força
d'arquers i de foners, per lliberar-lo,
son pare dirigia: fou vençuda
pels forts de Paradel·la, que vesteixen
lorigues esplendents de bronze, i saben
crudels ardits de guerra. Són cent homes
captius, i els enguillonon, perquè siguin
companys en l'holocaust del jove Kadmi.

El jorn és arribat. Quan les tenebres
cobreixen l'horitzó, s'encenen pires
de llenyes oloroses a la plaça
inmensa on s'aixeca la figura
del bou daurat. Amb cítares les dones
els cants dels sacerdots, greus, acompanyen.
Tots beuen llargament, i amb una orgia
sens fre la sacra festa degenera...
I així tota la nit. Quan ja despunta
l'aurora, la clamor d'agudes trompes
senyala que comenci el sacrifici.
Lligats porten els cent guerrers de Jamma
i enmig, vestit de blanc, el jove Kadmi.
El rei alça la mà, i d'una empenta

aquells són tirats vius dintre les pires. Després els sacerdots prenen el jove i el pit li descobreixen per clavar-li coltell d'or i turqueses, quan ressona potent una gran veu que clama "Cessi aquest crudel carnatge! Déu Altíssim vol víctimes del cor, plaents i pures, no beu, com un xacal, la sang humana!"

Tots callen, aturats. S'acosta un home vestit de fosca túnica, amb un bàcul que té forma de creu. És un apòstol de Crist, que ara mateix a Paradel·la arriba anunciant la Bona Nova.

"Mateu aquest sacríleg!", el rei mana. Abans que ho pugin fer, l'home apostòlic agafa el vadell d'or, amb força el tira dins el foc. Ferament el poble udola i llurs cabells les dones s'arrabassen...

Vint llances s'han alçat damunt l'apòstol, que resta mal ferit. Deslliga Kadmi i en la confusió que allí domina tots dos poden fugir de Paradel·la.

Cumplint el que prescriu dins l'Evangeli Jesús als seus deixebles, les sendàlies s'espolsa promptament, per testimoni en contra la ciutat que no rebia la llum del Redemptor... Quan són a Jamma son fill al capítol, sens dany, entrega. Després, veient con manquen ja ses forces, profita sós darrers moments per dir-lis con Déu estimà el món, fins a donar-se per preu morint, per nodriment de vida eterna el Pa diví... "Voleu rentar-vos —demana— dels pecats pel Sant Bautisme?"

“Volem, pare, volem!”, tots li responen, i al punt són batejats, des de l'sclava mes pobra al capitost. Amb ell i Kadmi l'apòstol ha pujat dalt d'una torre: “Aquí —diu— vull morir, mirant la bella ciutat que m'ha rebut tan bé”... Llunyana s'albira Paradel.la. “Tos delictes ompliren la mesura —diu—; el càstic és prop... Serà terrible! Quan jo mori t'englotiran per sempre més les ones! Només a l'equinocci de l'autumne un jove pur, després dels bens que finen, a peu aixut ell sol podrà recórrer tes places i carrers, caramulls d'algues. Així ho ha decretat el Déu justíssim, i avui es complirà a la vostra vista!”

* * *

Després de dir aixó, l'apòstol calla: besant la creu es dorm en el Senyor... El capitost el vest d'una mortalla teixida de fils d'or.

I quan del mártir l'ànima sortia joiosa i esplendent del cos sagnant, la que féu espantosa profecia es compleix a l'instant.

Commou un terratrémol la contrada estesa fins als límits del ponent, i la gran Paradel.la és enfonsada amb sos tresors i gent.

Les ones amb fantástica carrera avancen fragoroses cap el fons; davant llur fort embat no hi ha barrera,

no valen estalons.

Allà veuríeu com, deixant l'esposa
portada per les aigues, vol salvar
tothom son mut d'argent... Ai!, els fa nosa:
més prest són a la mar.

Tindràn aquests avars i viciosos
dins la ciutat submersa llur infern:
forjaran els metalls més preciosos
per càstic sempitern.

Avui només perduren, a Parella,
les grutes d'alabastre cisellat
pels segles, fonament de meravella
de l'impia ciutat.

I diuen que en nits fosques de tempesta
domina de les ones el brogit
llunyana la salmodia feresta
d'un himne maleït...

Al fons la mar fulgura amb mil espines
de paorós fantàstic resplandor:
és el poble damnat, que encén ses pires
i adora el vadell d'or ...



Típico horno menorquín de payés

(Cortesía del diario «Menorca»)

Impresiones madrileñas de un joven ciudadelano a fines del siglo XVIII

Por FERNANDO MARTÍ CAMPS, Pbro.

El noble D. Marcos Squella Martorell, hijo de D. Marcos Squella Olives Bayard y Quart, de la rama II de Squella, y de D.^a Mariana Martorell Gomila Squella y Guevara, hermana del I marqués de Albranca D. Gabino, nació en Ciudadela el 30 julio 1778. El 14 enero 1808 casó con D.^a Angela Saura Carreras, hija de D. Gaspar Saura Olives y de D.^a Margarita Carreras Albertí, nacida el 5 febrero 1789 y fallecida el 2 agosto 1850. Ejerció los cargos de Baile General de Menorca en 1814 y 1824 y de Baile Real en 1835 (1). Falleció en Ciudadela el 1.^o abril 1852, a la edad de 73 años.

En verano de 1795, próximo a cumplir los 17 años, se encontraba en la capital de España. El fastuoso Madrid de Carlos IV y de María Luisa, de Godoy y de las majas, produjo en nuestro jovencito profunda impresión, que se trasluce en una carta fechada allí el 11 julio del expresado año y dirigida a su amigo y deudo D. Bernardo Carreras Squella (2). Es una carta familiar en la que, con estilo sencillo e ingenio, propia de la corta edad de ambos correspondientes, se

anotan varios rasgos muy característicos de la vida de aquella época: la figura del rey, su pasión por la caza y por los deportes atléticos, alusiones a algunos personajes principales de su corte, la marcialidad de la Guardia de Corps mandada por Godoy, la Salve en la basílica de Atocha, los rumbosos desfiles de carrozas en el Prado, el lujo de las reales caballerizas... También contiene la carta un detalle curioso referente a Menorca, y es el dato, poco menos que insospechado, de que en aquellos años se efectuaban en Ciudadela corridas de toros.

Transcribimos fielmente la carta, escrita en menorquín; sólo corregimos y ponemos al día la ortografía caprichosa del original, ya que así es costumbre establecida al publicar documentos cuya transcripción diríamos "fotográfica" carece de interés lingüístico y entorpecería, por otra parte, la fácil lectura (3). Acompañamos breves notas con que nos ha parecido oportuno subrayar las alusiones más interesantes a determinados personajes o hechos de especial significación.

"Madrid, 11 de Juriol de 1795.

Amic Bernat: He rebut la carta del teu germà Josep (4), amb la qual em som alegrat moltíssim, particularment de los divertiments que teniu des de que jo no hi som, qui contenen l'armada dins el port de Maó i los bous qui són millors (5).

Madrid m'agrada molt, particularment el Prado que, com no hi ha gent ni hi ha cotxes, hi ha 20 ó 30 mil ànimes i més de 400 cotxes; després la Plaça Major, el Gabinete de la Història Natural i el Palacio Real.

El Rei vingué el dilluns de Sant Pere (6), i el diumenge va anar al Retiro, que ell té de costum anar quan està a Madrid, després d'haver fet oració a la Mare de Déu d'Atotxa; allí vaig anar la tarda a les 5.

El cavall a on havia de colcar el Rei (no obstant que

anava en cotxe, però si li passa pes cap d'anar a cavall) no essent de los millors que té, era sens ponderació un cavall que no li faltava sinò parlar.

Al Retiro no hi va sinò los dos diumenges que està a Madrid. Allí vingué el Rei i el seu germà (7), després de mitja hora que tenia allí una vintena d'escopetes de canó curt i una vintena de canó llarg, s'entén, les caixes d'apotecaria si acàs es feia mal (8) i cent o dos-cents cavalls qui eren de criats i d'aquells cent o vuitanta hòmens qui li fan alçar les perdius. Allí vingué, es posà enmig de l'ordi que hi havia, o blat, que és per menjar les perdius, li portaren deu o nou hòmens cada un l'escopeta, enrevoltats cosa de 30 passes el germà, després cosa d'altres 30 lo Infant de Parma, bell jove vestit a la francesa i un capell redó amb una toca blanca (9); tots tenien lo que el Rei tenia, i tots s'aixecassin, i de vegades en sortien 30 ó 40, i no feien més s'aixecassin, i de vegades en sortiene 30 ó 40, i no feien més que tirar, i al punt que tiraven ja en tenien una altra (escopeta) a les mans de carregada, però ells no mouen un peu; el Rei no erra un tir (10). Després va dir que volia anar a jugar al mall, i enviaren un ome dalt un cavall en el jugador per avisar. Allà tirà primer el Rei, després el seu germà, i després lo Infant de Parma, i després el Duc d'Osuna o en Peñafiel, qui és tot u (11), i després 4 guàrdies de Corps. El Rei és un home molt gros, ben format (12), i el seu germà també; però, així com el Rei té tanta força, deia al seu germà, per fer riure la gent que hi havia: "Pega fort! Si tu no tens força i vols que sa bolla vagi enfora!" (13), i així tothom reia. Ell duu un saio qui no ha de menester moure's per treure l' perquè li és molt ample. Per anar-se'n li van dur una berlina amb 6 cavalls molt hermosos, però corre molt, de manera que d'Aranjuez a Madrid hi ha 7 llegües i vingué en 2 hores: mira si ha de córrer tant a més que el dia de Sant Joan (14).

Fora el Rei, qui va a caçar tant si fa neu com si trona

com si plou (15), los altres van a un passeig que hi ha un riu (16), i aquest passeig té 2 hores, tot arbres a cada part, casi és tan bo com el Prado; ell arriba fins el Pardo, un siti que ell (el Rei) anava, però ara no hi va, Allí hi ha tres músiques de regiments, una a cada cap i una enmig; allí 2 hores un no veu sinò passar cotxes, aixó és des de que el Rei és aquí, perquè tu ja sabràs que el Prado és allà a on van los cotxes qui no estan empleats a Palacio. Pots pensar la Reina (17) quins cavalls duu, i quants de tirs ne deu tenir. Es compta a la cavalleria del Rei 1.500 cavalls i 1.500 mules. Només de los empleats a Palacio surten 100 o prop de 100 cotxes. El Rei aquest gasta més en la cassa que el Rei d'Inglaterra en tot el gasto que fa de casa (18).

Adiós, memòries a tots los de casa, i dispón de ton servidor i amic,

Marc Squella.

(P. D.) Ara arrib, qui en som aixecat a les 6 per anar a veure los exercicis que feien les guàrdies de Corps davant el Rei, la Reina i el Duc de l'Alcúdia, qui los manava com a Sargento Major (19); pots pensar si era cosa de veure.

De toros no te'n parl, perquè quan pens en los bous de Ciutadella, tenc ganes de riure (20). Aquí, per es toros reals que han fet per la vinguda del Rei, és vingut un torero qui té una gran habilitat, que és que, quan el bou li envesteix, lo agafa amb una mà a la coua i amb l'altra a una banya i lo tira en terra; però ha volgut fer altres valenties més dificultoses i ha quedat molt mal ferit. A los toros, des de que som aquí, són 6 ó 7 hòmens entre mort i ferits, de manera que, si no maten cavalls i hòmens, diuen que no són bons (21)."

NOTAS

(1) Véase la historia de su actuación al frente del municipio de Ciudadela (10 marzo - 21 octubre 1835), así como

su fotografía y facsímil de su firma, en la obra "Alcaldes de Ciudadela", de D. José Cavaller Piris, tomo I, pág. 13-23.

(2) Contaba a la sazón 18 años, pues había nacido en Ciudadela el 3 octubre 1777, hijo de los nobles D. Juan Carreras Bayard Ameller y Olives (de la II rama de Carreras, que habitaba en la calle de S. Rafael en la actual morada de la Sra. viuda e hijos de D. Faustino de Olives) y D.^a Mariana Squella Sintas Olives y Saura. Casó con D.^a Juana de Vigo Squella, hija de D. Miguel de Vigo Martorell y de D.^a Juana Squella Carreras, el 16 diciembre 1804. Falleció en Ciudadela el 17 abril 1837. Su viuda murió el 19 junio 1855.

(3) La carta que comentamos se encuentra en el Archivo Diocesano, fondo Carreras, sección V. "Correspondencia", cajón número 1.

(4) Refiérese al hermano del destinatario, D. José de Calasanz Carreras Squella, quien el mismo día de la fecha de la carta cumplía los 16 años, pues había nacido en Ciudadela el 11 julio 1779. Falleció soltero el 4 noviembre 1845. Su nombre de pila es testimonio de la devoción que sus familiares sentían hacia S. José de Calasanz, con quien estaban eparentados por su ascendencia Bayard. D. Juan de Bayard, Calasanz, Esteban y Avalos, Teniente de Maestre de Campo General, fue en efecto el primero de este linaje que se estableció en Menorca, al ser nombrado Portanveces de Gobernador y Capitán General de esta isla, por un sexenio, el 21 agosto 1664, y nuevamente el 30 marzo 1681. Las armas de Calasanz aparecen, con las de sus tres restantes apellidos, en el gran escudo de piedra procedente del sepulcro de su esposa D.^a Isabel de Bardají Claver, fallecida en Ciudadela el 5 enero 1666 y enterrada en la capilla de Ntra. Sra. de las Nieves en la iglesia conventual de S. Francisco. Dicho escudo se conserva actualmente en el Museo Municipal de Ciudadela.

(5) Es el primer dato que conocemos referente a efectuarse corridas de toros en Ciudadela; véase también la nota 20. Nos informan de que aún hoy día se conserva en el predio Albufera, del término de Mercadal, una raza de toros denominados vulgarmente "toros xinos". También en Binideufá y en algún otro predio existen o existían hasta hace poco reses bovinas propias para el toreo. Sin duda que, más bien que corridas a cargo de toreros profesionales, se trataría de diversiones de los mozos de la nobleza, que "corrían toros", a caballo, como era costumbre aristocrática hasta los postreros años de la dinastía de los Habsburgo, y que en Menorca debía de perdurar aun cerca de un siglo después, hasta la época de la carta que comentamos.

(6) El rey D. Carlos IV llegó a Madrid el 30 junio; probablemente vendría del real sitio de Aranjuez (véase nota 14). Según esto seguiría el monarca la misma o parecida distribución anual de residencias que metódicamente siguió su padre Carlos III: residía en el Pardo del 7 de enero hasta el sábado de Ramos, en Madrid hasta el miércoles después de Pascua, en Aranjuez hasta finales de junio, en Madrid hasta mediados de julio, en S. Ildefonso hasta la primera semana de octubre, en el Escorial hasta últimos de noviembre, y en Madrid hasta el 7 enero.

(7) Alude al Infante D. Antonio Pascual de Borbón y de Sajonia, hermano de Carlos IV; nacido en Nápoles en 1755, contaba a la sazón 40 años y estaba casado con su sobrina la Infanta D.^a María Amalia. Mengs le pintó, de jovencito, en un hermoso cuadro que está en el Museo del Prado. Figura también en el célebre lienzo "La familia de Carlos IV", de Goya, asomando la cabeza detrás del rey su hermano. Vicente López nos lo presenta, ya en la ancianidad, sin peluquilla y con uniforme de general, en el retrato propiedad del duque de Tamames. Presidente de la Junta Suprema cuando los reyes fueron a Bayona, salió a su vez

de España en mayo 1808, dirigiendo a los otros miembros de la Junta una carta en la que se leía una de sus frases más celebradas: "Adiós, señores, hasta el valle de Josafat. ¡Dios nos la depare buena!". A su llegada a Francia, Napoleón le tuvo prisionero en Valencey. En 1814 volvió a Madrid y falleció en 1817.

(8) Es decir, un botiquín para un caso de lesión imprevista. Seguramente asistirían a las reales cacerías el médico y el cirujano de cámara, como en el reinado de Carlos III.

(9) Es el Infante D. Luis de Borbón - Parma, sobrino de la reina D.^a María Luisa. Había nacido en 1773, de modo que tenía entonces 22 años. Aquel mismo año 1795 casó con su prima la Infanta D.^a María Luisa. Por manejos de Napoleón fue creado rey de Etruria, y falleció en 1803, al año escaso de reinar. El Infante de Parma, con su esposa que tiene en brazos a un hijito de pocos meses, ocupa el extremo derecho del gran cuadro de Goya "La familia de Carlos IV". Son interesantes los detalles que se dan en la carta acerca de la indumentaria de este joven Infante; se ve que en lugar de las pomposas vestiduras que hasta entonces se estilaban (peluquilla, sombrero de tres picos, gran casaca, chorrera de encajes, chupa bordada, calzón corto, medias y zapato de tacón alto), había adoptado las prendas más cómodas impuestas por "les incroyables" franceses: frac con cuello alto y grandes vueltas, pantalón largo muy ceñido y sombrero de copa con ancha cinta ("capell redó amb una toca blanca", escribe el joven Squella en la carta). Así precisamente se nos presenta el mismo Infante en un retrato ecuestre, grabado de la época reproducido en la "Historia de España" de Ballesteros (tomo VI, pág. 544, fig. 507).

(10) El célebre retrato de Goya, en que aparece Carlos IV en traje de caza y apoyado en un escopeta, podría

ilustrar esta viva descripción de la real cacería, que tanto debió de asombrar al jovencito Marcos Squella. Es curioso notar que en el Museo Municipal de Madrid se guarda un minuciosísimo cuadro estadístico manuscrito, con orla artísticamente ornamentada, del "Plan general de la Caza muerta por S. M. el año 1805". El total de piezas cobradas personalmente por el rey asciende a 7.363, y entre ellas se cuentan cuadrúpedos diversos, desde jabalíes a gatos monteses, y aves de las más variadas especies, incluso abubillas y buhos.

(11) Efectivamente, el IX duque de Osuna D. Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Pacheco (1755-1807) era también marqués de Peñafiel, título incorporado a la casa de Osuna desde su creación en 1568. En 1771 casó con su prima D^a María Josefa Alfonsa Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, duquesa de Gandía y de Béjar. Ambos esposos vinieron a Menorca en la expedición que tomó la isla en 1782. Goya pintó un retrato de los dos en 1787. El duque de Osuna, teniente general distinguido en la guerra con Francia, derrotó en 1794 al general Moncey. Era camarero de Carlos IV, como anteriormente lo había sido de Carlos III.

(12) Nótese que aquí la palabra "gros" tiene su acepción menorquina de "alto" y no significa "grueso", como en catalán. En efecto. Carlos IV "era de una estatura elevada y de una apariencia atlética..., era un buen gigante", escribe Desdévise du Dezert en su aguda semblanza del monarca ("L'Espagne de l'ancien régime", p. 19-20). "Los retratos nos lo presentan de proporciones atléticas, elevada estatura, ancho de hombros, cabeza pequeña, nariz borbónica, pero no tan prominente como la de su padre, rostro sonrosado, ojos inexpresivos y mirada bondadosa" (Ballesteros, "Historia de España", t. VI, p. 543). Contaba a la sazón 47 años, pues había nacido en Nápoles en 1748. De carácter abúlico, fue dominado por su esposa María Luisa

de Parma y por su favorito Godoy. Abandonó a España en 1808, abdicó en su hijo Fernando y se retiró con su esposa a Compiègne y luego a Roma, donde falleció en 1819.

(13) Era Carlos IV hombre forzado, apasionado por los deportes atléticos, en los que gustaba ejercitarse jugando a la barra e incluso boxeando con sus lacayos... También es muy característico lo que se dice en la carta acerca de la jovialidad de este rey; su sencillez le hizo popular, su amabilidad y llaneza agradaba al pueblo.

(14) Esta alusión a Aranjuez hace pensar que el rey había llegado recientemente a Madrid procedente de dicho real sitio, como indicábamos en la nota 6. La última frase del joven Squella resulta de interés, pues demuestra que en aquella época se efectuaban corridas de caballos en las típicas fiestas de S. Juan de Ciudadela. De aquí proviene el nombre de "córrer a sa plaça" a lo que en la actualidad no es sino un simple "caragol" en la calle de José M.^a Quadrado, en la mañana del día de S. Juan; es por esto que en dicho acto van los jinetes descubiertos, pues en tiempos pasados les hubiera molestado llevar sus "guindoles" al correr. Hoy día sólo se corre en tres de los actos del "Pla": "s'ensortilla", "rompre carotes" y "córrer abraçats".

(15) Esta pasión por el deporte cinegético lo heredó Carlos IV de su padre, a quien, infatigable en sus diarias cacerías, nada le arredraba, ni el sol, ni la nieve, ni las tempestades, y que, al quedar calado por la lluvia, se cambiaba tranquilamente la ropa diciendo a su séquito: "La lluvia no rompe los huesos". Este violento ejercicio evitó a Carlos III la melancolía que tan funestas consecuencias tuvo en la salud de su padre Felipe V y de su hermanastro Fernando VI.

(16) Se refiere sin duda a la pradera de S. Isidro, en las márgenes del Manzanares, lugar rebosante entonces de

fiestas, coches y gentío, e inmortalizado por D. Ramón de la Cruz en sus sainetes famosos y por Goya en su pintura del Museo del Prado, realizada probablemente hacia el 1788.

(17) La reina D.^a María Luisa, hija de Felipe, duque de Parma, y prima por tanto de su esposo Carlos IV, nació en 1751. Casada en 1765, a la temprana edad de 14 años, vegetó por espacio de veinte, como princesa de Asturias, en la corte de su suegro Carlos III. Dominó por completo a su esposo durante el reinado de éste, y a su vez estuvo sometida a la voluntad de su favorito Godoy. Expatriada de España con su familia en 1808, vivió algún tiempo en Francia y más tarde se estableció en Roma, donde murió en 1819.

(18) Desdevises du Dezert, que estudió muy detenidamente todo lo relativo al reinado de Carlos IV, nos dice que, según cálculos fidedignos, el total de los gastos de aquella corte se elevaba a unos 90 millones de reales anuales, en sus cuatro secciones: Capilla, Casa, Cámara Real y Caballerizas. Estas últimas se hallaban bajo la alta dirección del caballerizo y balletero mayor, que percibía un sueldo anual de 44.000 reales, realizaba catorce servicios y dirigía la organización de los viajes y de las cacerías regias; en éstas solían movilizarse setecientos hombres y quinientos caballos (véanse curiosos detalles en "L'Espagne de l'ancien régime", del citado autor, p. 148-152).

(19) Este duque de Alcudia, sargento mayor de los guardias de Corps, es el famoso D. Manuel Godoy y Alvarez de Faria (1767-1851). A la sazón era ya teniente general (1792) y primer ministro (1793), y aquel mismo año 1795 obtuvo el título de príncipe de la Paz. En 1808 acompañó a los reyes al destierro y se estableció luego en París, donde murió a los 84 años. Podría ilustrar esta alusión de la carta el célebre retrato pintado por el valenciano Agustín Esteve (1753 - 1820), que se encuentra en la Academia

de S. Fernando, de Madrid. En él aparece el favorito, joven y muy atildado, luciendo el vistoso uniforme azul y grana de la Guardia de Corps y tocado con un gran tricornio.

(20) Alude a las corridas de toros celebradas en aquella época en Ciudadela (véase nota 5). Resulta de interés subrayar que, las tres veces que en la carta aparece la palabra castellana "toros", todas ellas significa el acto de la corrida y no los animales. Para designar éstos emplea el joven Squella la voz menorquina "bous". Este detalle lingüístico prueba, una vez más, que aquella palabra castellana jamás se usó en Menorca en su significado de "animal"; por tanto, el nombre de Monte-Toro no es una alusión a la inepta y tardía leyenda del buey, sino una clara latinización del topónimo árabe "El-Tor", "la montaña", la elevación principal de una región. La misma denominación se viene dando a varios montes palestinenses: Tabor, Garizim, etc.

(21) Se comprende que el joven Marcos Squella quedara deslumbrado ante las lucidas corridas de toros: precisamente aquella época coincidía con el período de mayor esplendor de la tauromaquia. El público madrileño gastaba anualmente cerca de millón y medio de reales en el espectáculo taurino. Sólo en la capital se mataban en lidia 288 toros cada año. En 1784, en sólo cuatro corridas, murieron en Madrid 50 caballos. Los más célebres toreros eran a la sazón Costillares, Pepe Hillo y su rival Pedro Romero. Antonio Carnicero y el mismo Goya nos han dejado curiosas pinturas de la fiesta nacional.



Soportal de casa de payés. San Luis

(Cortesía del diario «Menorca»)

Estancia en Menorca del Duque de Bailén

COMENTARIOS
A TRES CARTAS AUTÓGRAFAS DEL MISMO

Por JUAN GUTIÉRREZ PONS, PBRO.
Cronista Municipal

III

TERCERA CARTA

Isla de León 12 Mayo 1.810

“Muy Señor mio: Agradezco a Vm. las finezas (finezas) con que me honra en su Carta del 23 de Marzo último, tributándole las más expresivas gracias por la enhorabuena que se sirve darme fundada en el destino que, sin merecerlo, me ha colocado la suerte. Tendré particular satisfacción si en él se presenta ocasión en complacer a Vm. su afmo. seguro servidor = Castaños.— Rúbrica.”

“Siento las ocurrencias de esa Isla pues nunca la olvido, l lo he acreditado en esta ocasión como lo expresará Creus que llegará al mismo tpo (tiempo) que ésta.”

Señor Dn. Jorge Sguí
Mahón

Ma de Leon 12. Mayo 1810.

*Muy Señor mio Agradesco á Vm. las finas
con que me honra en su Casa el 23. de mayo ultimo, tribu-
tándole las mas expresivas gracias por la enhorabuena que se
sabe darme fundada en el destino en que, sin merced, me ha
colocado la suerte. Tendré gustos y satisfacciones si en él se pre-
senta ocasion de complacer á Vm. en apoco, segun se oviere.*

*Siento las ocurrencias de esta Ysla
pues nunca la olvido, y le he acredita-
do en esta ocasion como lo expresaré
Creo que llegará al mismo tiempo que
esta.*

Castaños


Señor Dⁿ Jorge Seguí

Mahon.

Esta tercera y última carta autógrafa, que hasta la fecha hemos podido encontrar, del General Castaños, es por lo que se puede comprobar por el contexto de la misma, la contestación a otra de la familia Seguí, en la que le daban la enhorabuena por haberle sido confiada la presidencia de la Regencia en nuestra Nación.

Esta, como las otras dos, tiene un marco histórico y así como aquellas hacen referencia a las cuestiones africanas de Orán y Ceuta en la última década del siglo XVIII, la pre-

sente está íntimamente ligada con la invasión de Andalucía por las fuerzas de Napoleón, ante la cual la Junta Central, que se había trasladado a Sevilla, pensó en refugiarse en la Isla de León, donde se establecieron sus vocales, quienes, temiendo un nuevo peligro de disgregación nacional, acordaron disolverse, resignando su cometido a una Regencia de cinco miembros, los que tomaron posesión, previo juramento, el 31 de Enero de 1810, siendo, el ya Capitán General Castaños, designado Presidente de la misma, desempeñando este cargo de verdadera responsabilidad durante seis meses. La actividad y firmeza de nuestro héroe quedó contrastada en los graves problemas que tuvo que resolver y medidas trascendentales que tuvo que adoptar en aquel supremo organismo de nuestra Nación en aquellos momentos para ella tan aciagos, siendo su labor muy estimada y reconocida su sagacidad política.

Esta Regencia, de la que había formado parte el Capitán General Castaños, como su primer Presidente, consciente de los graves asuntos que había de atender y disgustados sus componentes por la mediatización de su autoridad por parte de las Cortes, que, apenas constituidas, se habían extralimitado, saliéndose de sus tareas puramente legislativas, presentó reiteradamente su renuncia, que al fin les fue aceptada en 27 de Octubre, eligiendo en esta ocasión una nueva Regencia, reducida a tres individuos: don Joaquín Blake, Teniente General, don Gabriel Ciscar, Jefe de la Escuadra y don Pedro Agar, Capitán de Fragata, y como suplentes de Blake y Ciscar, que estaban ausentes, el Marqués de Palacio y don José María Puig. El primero de estos dos, que acabamos de citar, fue sustituido por el Marqués de Castellar, Grande de España, por haber añadido aquel, al formalizar el juramento que prestaba, que lo hacía "sin perjuicio de los juramentos de fidelidad que tenía prestados a Fernando VII".

Permitaseme hacer una pequeña digresión en el comentario que vengo haciendo de la presente carta. En el párrafo anterior figuran los nombres del Capitán General Castaños, como primer Presidente de la primera Regencia y el de don Joaquín Blake que lo fue de la segunda. Por una feliz coincidencia los vemos, por una cierta sucesión de continuidad, unidos en el desempeño de un mismo cargo, cuando el primero ya había alcanzado la más alta graduación militar y al segundo cuando le faltaban pocos meses para alcanzarla, gracias a las brillantes operaciones de Alcañiz y Albuera en las que se pusieron en práctica los conocimientos de su *Reglamento táctico* que al publicarlo en 1803 le merecieron las más cálidas alabanzas y luego las resonantes victorias de que hemos hecho mención, en las que, actuando en combinación con tropas inglesas y portuguesas, mereció la felicitación de las Cámaras inglesas y, como recompensa, el empleo de Capitán General.

Pero además hemos de recordar, por lo que se refiere a nuestra "patria chica", que estos dos personajes los encontramos también unidos en las operaciones del asedio del Castillo de San Felipe, a las órdenes del Duque de Crillon. A don Francisco Javier de Castaños, como Comandante de todas las compañías de Cazadores en las avanzadas y retenes y a don Joaquín Blake, como Subteniente de Granaderos del Regimiento de Infantería de América.

El comportamiento heroico del primero le mereció que fuera ascendido a Teniente Coronel y los méritos particulares del segundo, en el asedio y rendición de tan importante plaza, el grado de Teniente de Infantería. Así consta en el real despacho que se conserva en el Archivo Histórico de mi cargo, gracias a la generosidad del Excmo. Sr. D. Nicolás Benavides, autor juntamente con el Teniente Coronel de Infantería Sr. Jaque de la documentada biografía del Excmo Sr. D. Joaquín Blake, fundador del Cuerpo de Estado Mayor, galardonado con el "Premio Menorca" cuyo acto de

proclamación tuvo lugar en el Salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, el día 30 de Mayo de 1957.

* * *

Volviendo al asunto del comentario a la carta escrita el 12 de Mayo en la Isla de León, hemos de fijar nuestra atención en la nota que va al pié de la firma. Esta nota hace referencia a lo ocurrido en 1810 en Mahón y Alayor y que tuvo repercusión en San Luis y Villa-Carlos, con motivo del desusado llamamiento a filas de los mozos aptos para el servicio de las armas y en que los mahoneses y alayorenses cometieron toda clase de desmanes, quemando archivos y rompiendo los muebles de la casa comunal haciendo, como consecuencia de dicha algarada, que tuvo visos de verdadera revolución, el que estuviera entre nosotros el Oidor de la Audiencia de Mallorca, don Isidro Antillón, siendo condenados los pueblos de Mahón y Alayor al pago de una multa de cincuenta mil duros, la cual tras cinco años de gestiones, fue reducida a veinte y seis mil.

En esta misma nota nos nombra a una persona de gran relieve como es el notable jurisconsulto don Pedro Creus, quien, después de la conquista de Menorca por el Duque de Crillon, fue nombrado Asesor del Crimen del Juzgado de la Real Gobernación de Menorca, ejerciendo este cargo hasta 1781 en que por muerte de don Mateo Mercadal Sanchó, Asesor del Real Patrimonio asumió también, aunque interinamente, este cargo.

Al ser ocupada esta isla por las armas británicas en el año 1788, se trasladó a la Península, no tardando mucho en ser nombrado Oidor de la Real Audiencia de Sevilla, cargo que desempeñó honrosa y brillantemente.

Cuando la invasión de España por los Ejércitos franceses fue uno de los comisionados de la Junta de Sevilla, para formalizar los tratados de paz con Inglaterra, obte-

niendo la comisión un feliz éxito en su empresa. Su actuación mereció el que se le abriera a nuestra Nación las puertas para que le fueran confiados los elevados empleos de Intendente del Ejército en propiedad y que la Junta Central del Reino le nombrara en 1810 Consejero Honorario del Supremo de Guerra, siguiendo a este nombramiento el de Comisario Regio y Ministro Principal de Hacienda y Guerra en esta Isla, cargos que le obligaron a regresar y permanecer en ella hasta fines de 1811, en que de nuevo pasó a Sevilla, donde se hizo cargo de la Intendencia. Falleció en esta ciudad ultimamente citada el día 6 de septiembre de 1815.

* * *

La estancia del héroe de Bailén en Menorca, precisamente en Mahón, coincide con la primera etapa triunfante de su peregrinación terrena. Era su ideal su entrega absoluta a la defensa de nuestra Nación, destacándose siempre por su heroísmo en todas las operaciones y misiones difíciles que le confiaron, entre las que destaca la acción brillante de Bailén, que la alcanzó en la plenitud de su vigor físico, a los cincuenta años de edad, antes de que comience el declive de su vida, que alcanzó la respetable cifra de noventa y cuatro años.

En recta ascensión de su vida ejemplar logra la meta triunfadora y un envidiable renombre.

Tras aquella victoriosa jornada fueron copiosos los honores recibidos, siendo su exaltación al principado de la milicia como un honor esencial a su vida militar, entre tantos y tan copiosos honores recibidos.

Es digno de recordar que, entre las aclamaciones entusiastas que se le tributaron en Sevilla, todos sus vecinos tomaron parte en ellas, pero que el único que no participaba de ellas era el propio Castaños que aparecía como abstraído

y preocupado, por lo que uno de los amigos que le rodeaban se atrevió a decirle:

—Mi general, ¿cómo está Vd. tan pensativo cuando todo el mundo se exhala en vítores y aclamaciones hacia su libertador?

Y Castaños respondió con su agudeza y donosura, que resultó profética.

—Estoy en Domingo de Ramos y me acuerdo de mi Viernes Santo.

El presentimiento de nuestro héroe se cumplió después de transcurridos un poco más de dos meses desde que la capital andaluza le recibiera gozosa y le tributara aquel alegre, caluroso y merecido hosanna, en aquellos momentos amargos del vencimiento en Tudela.

Es digno también de recordar aquel presentimiento y casi convicción, no cimentada en supersticiones deleznable, sino sobre la base de sus arraigadas creencias, de que tenía que morir en uno de los días consagrados por la Iglesia a la Madre de Dios, en cualquiera de sus principales advocaciones, presentimiento que no ignoraban sus más íntimos y allegados.

Este presentimiento se cumplió el día de la festividad de la Virgen de la Merced, de la que era especial devoto, como venía a patentizarlo una de las cláusulas testamentarias en la que en vez de ser enterrado con las banderas y grandes condecoraciones, que merecidamente le habían sido concedidas, disponía que lo hicieran dejando sobre su cadáver el escapulario de la Virgen bajo aquella advocación, unido al del Sagrado Corazón de Jesús, que constantemente había llevado sobre su pecho, puesto que los azares de su vida le habían puesto más que de manifiesto que los honores terrenos, como tales, eran y son caducos y perecederos.

Falleció el día 24 de septiembre de 1852, después de recibir con edificante fervor los Santos Sacramentos, extin-

guiéndose su vida con la paz del justo y la confianza del cristiano.

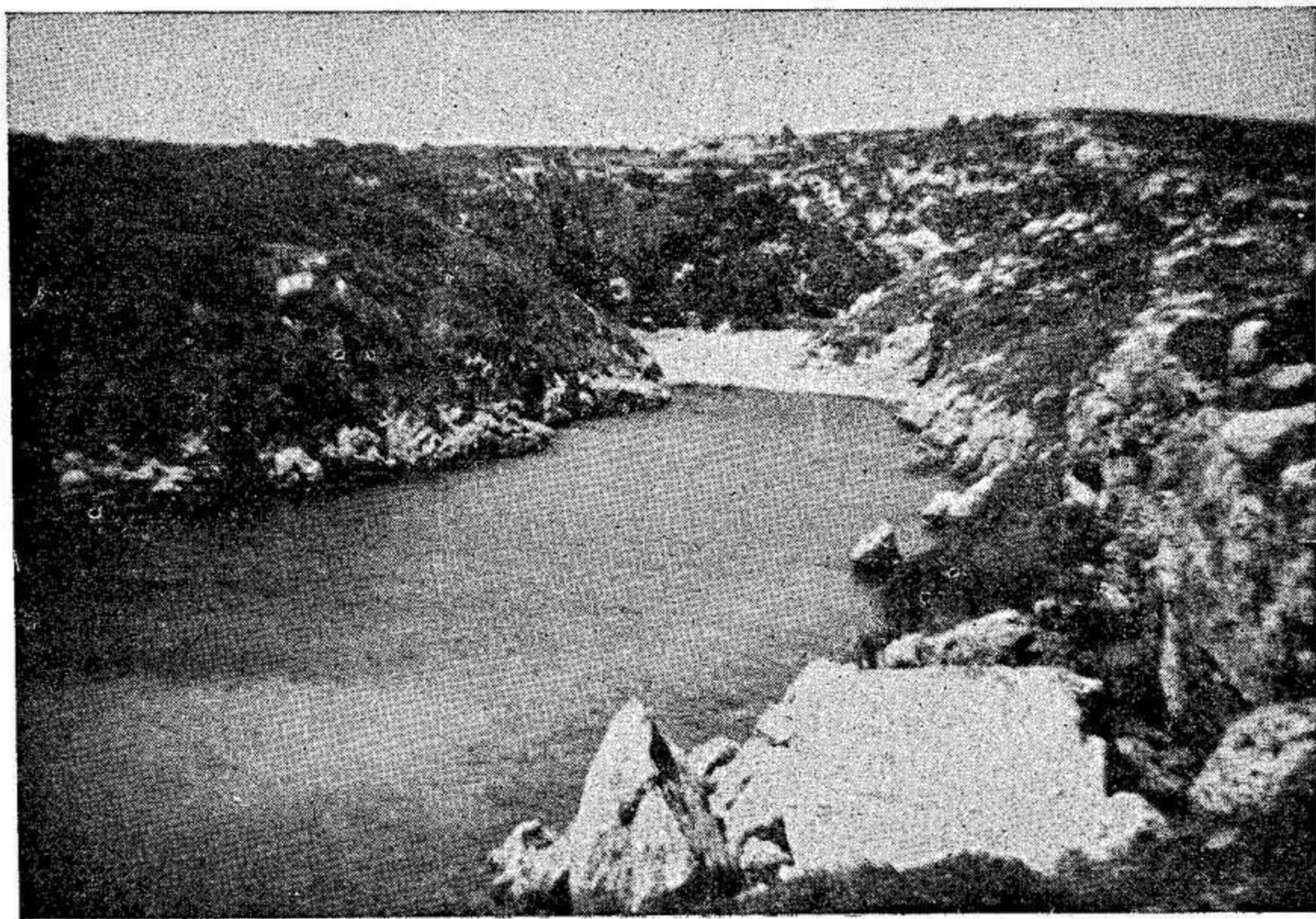
La "Gaceta de Madrid" del siguiente, testimoniando el duelo nacional, apareció con la orla negra, destacando, en primer término, el decreto de Isabel II que disponía que se le tributaran los honores póstumos de Capitán General que muere en plaza y con mando.

Su entierro fue presidido por el rey Francisco de Asis y el Consejo de Ministros. Las exequias solemnes celebradas en Madrid para el eterno descanso del finado fueron presididas por la reina.

Como excepción honrosa y merecida se le dió sepultura en la iglesia de Ntra. Sra. de Atocha o Panteón de Hombres Ilustres, erigiéndose un sepulcro digno a expensas del Real Patrimonio.

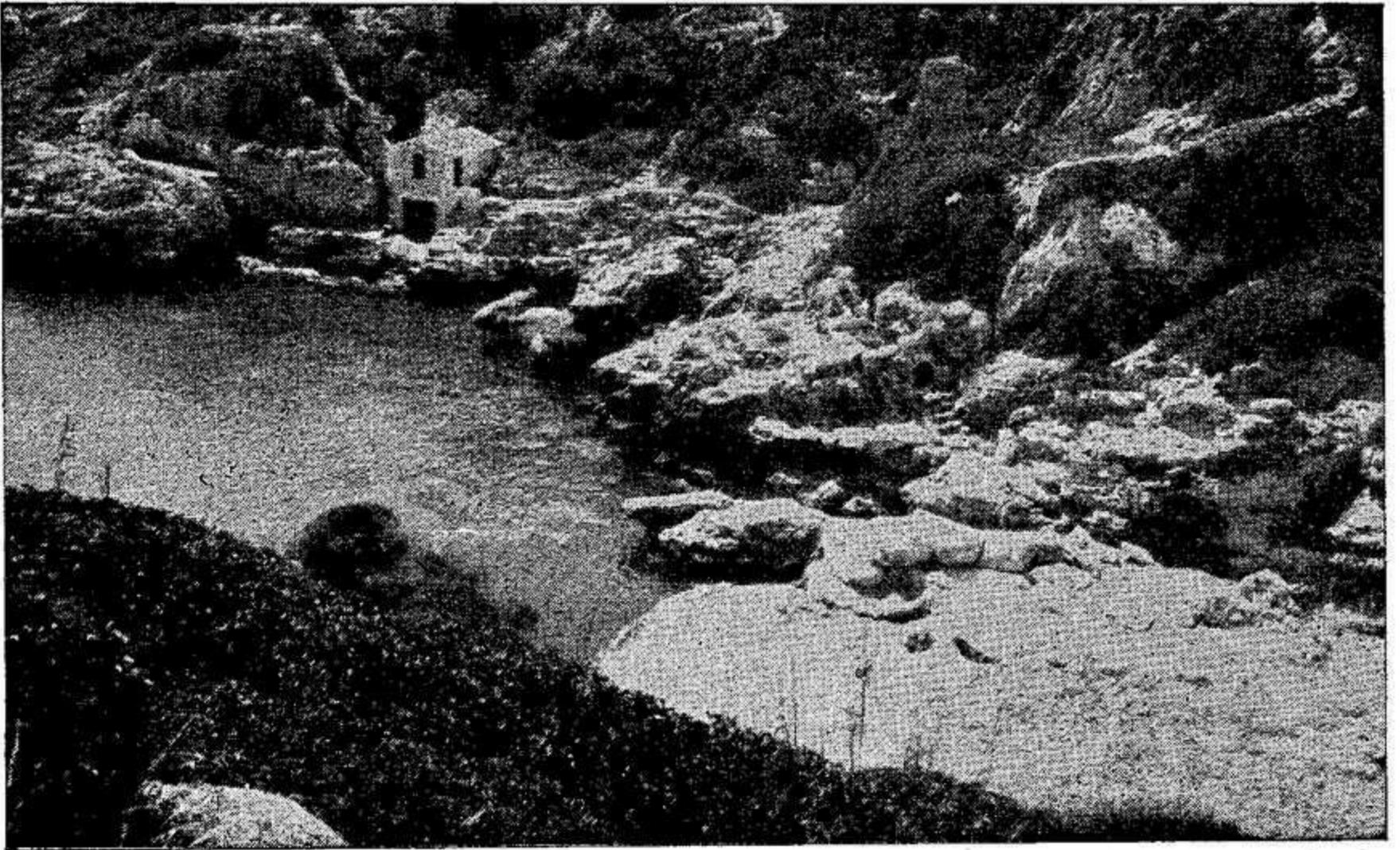
El día 26 de octubre de 1852, en cumplimiento de lo dispuesto en el Real Decreto de la reina Isabel se celebró, en la iglesia parroquial de Santa María de esta ciudad, un solemne funeral en sufragio del alma de este distinguido español, cuyo nombre nos recuerda una época de gloria y victorias alcanzadas gracias al heroísmo del pueblo español.

Sin duda no se había extinguido aún entre los vecinos de esta ciudad el recuerdo de la estancia de nuestro héroe en esta isla en la que dejaría buenos recuerdos de su paso por la misma.



Playa de Biniparraitx (en la costa Sur de Menorca)

(Cortesía del diario «Menorca»)



Playa de Binidali (en la costa Sur de Menorca)

(Cortesía del diario «Menorca»)

la inglesa y el mahonés

Novela corta por ANDRÉS CASASNOVAS
Ilustraciones de MIGUEL ALEJANDRE MONJO

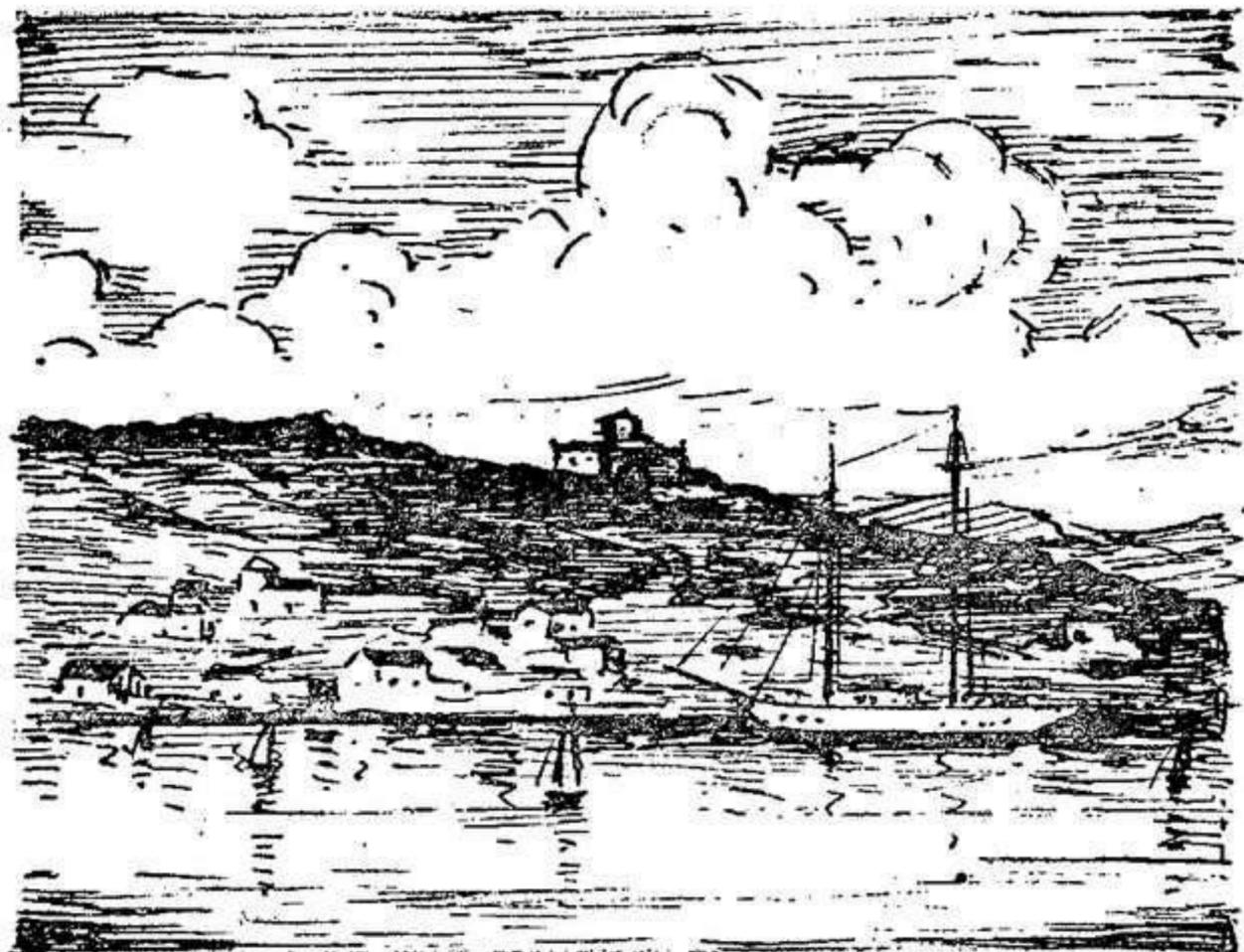
IV

(Continuación)

Mediaba la mañana cuando el yate penetró en el puerto y ancló frente al embarcadero. César lo vio aparecer rodeando la isla del Hospital y, acercándose pausadamente, colocarse junto al final del camino que, partiendo del predio y con una leve curva para dulcificar la pendiente, enlazaba la casa con el mar. Sobre la cubierta de la pequeña nave se observa el ir y venir de varias personas. Le parecieron hombres, aunque no conseguía distinguirlos con precisión. Requirió unos prismáticos y, al par que contemplaba la maniobra, pudo comprobar que efectivamente se trataba de tres marineros. No se descubrían otras personas a bordo. Sus propietarios, seguramente, estaban descansando aún. Tal vez estuvieron hasta muy tarde, quizás hasta la madrugada, disfrutando del ambiente grato de la noche y de la placidez de la playa. Quién sabe si estuvieron comentando los pormenores de la entrevista celebrada en la terraza del

predio, esta misma terraza desde la cual enfocaba ahora sus prismáticos tratando de descubrir a las damas y el caballero.

Le acometió a César una leve duda y se preguntó si



ciertamente lo que pretendía era comprobar la presencia de los visitantes de ayer tarde o si únicamente le interesaba ver a Elizabeth. No podía creer ni creía en un flechazo. Sus treinta y cinco años y sus numerosas correrías le habían retorcido el colmillo y no era hombre fácil a enamoramientos. Cuando la atractiva italiana, la cubana dengosa y tantas otras como pasaron por su vida no habían conseguido echarle un yugo serio, le ataría ahora, casi al límite de la madurez, una chiquilla que rondaría los diecisiete?

Sin embargo, lo cierto era que no acertaba a contestarse de una manera rotunda. Desde su cumbre negaba toda peligrosidad a las mujeres menores de los veinticinco. Es más, se consideraba inmune ante sus posibles dotes de seducción. No es, por otra parte, que sufriera de hartazgo. Mayormen- te opinaba que había vivido lo suyo y en cantidad suficiente.

Esta claridad de ideas se empañecía un tanto examinando la duermevela de la noche pasada. Se encontró desasegado después de cenar. Mantuvo conversación con Ma-

ria del Carmen y Luis hasta vencida la medianoche. teniendo repetidas ocasiones de hacer alusión a los dueños del yate. Cuando sus hermanos se retiraron, quedó en la terraza contemplando el mar y los guiños que las lucecitas le hacían desde el caserío del Fonduco o los muelles de Cala Figuera. Era muy tarde cuando se acostó. Tendido sobre la cama, cara al techo, ahuyentado el sueño, retazos de su vida aventurera se mezclaban con la conversación de la tarde. Era un colisión extraña, absurda, en que unos pensamientos se enfrentaban a los otros. A veces, un gigantesco paquebote en ruta de Nueva York a Buenos Aires se transformaba en una leve embarcación, fina de líneas, garbosa, deslumbradoramente blanca. En otras, evocando a una mestiza que le trajo a mal traer durante muchas semanas en Montevideo descubría que su tez era blanca y sus cabellos rubios, de un rubio pajizo de oro y de sol. No podría asegurar cuánto tiempo duró aquella fantasía ni cuándo se transformó en sueño. Y, en cambio, lo indudable era que él no había verificado aquel paseo por mar en que el "snipe" volcó aparatosamente cogiendo debajo a Elizabeth, ni tampoco eran ciertos los esfuerzos que realizaba para rescatar a la linda inglesa, esfuerzos tan desesperados que al despertar se halló con medio cuerpo bajo la cama y abrazado a la almohada.

Recordándolo, se reía de buena gana; pero al mismo tiempo había de rendirse a la evidencia de que algo le inquietaba. De lo contrario, ¿a qué obedecía haberse pasado la mayor parte de la mañana contemplando un paisaje ya viejo de puro sabido? No sería sólo por el regocijo plástico que le proporcionaría la navecilla rompiendo las aguas quietas del puerto.

Ya se marchaba cuando notó que sir James ascendía por el camino hacia el predio. Llegaba solo. Y a César se le antojó que algo le había defraudado.

Como el visitante no le había visto, esquivó el saludarle

y se dirigió a su habitación. Para pasar el rato, se propuso leer y lamentó no haber cruzado por la biblioteca para elegir un libro ameno. En los cajones de su cómoda sólo se guardaban novelas policíacas y de aventuras, depósito de sus años juveniles que las manos celosas de María del Carmen habían conservado inalterable al paso del tiempo. Pensó que su hermana fue ciertamente como una madrecita para él. Qué cuidado, qué cariño puso siempre desde que madre faltara, y qué interés durante su ausencia para que al regresar toda la casa conservara el grato perfume de aquellos días deliciosos. El recuerdo de María del Carmen le guió a su cuarto de costura. Allí, en unos estantes, había unos pocos libros, alguno de los cuales podría seducirle más que sus olvidadas aficiones. No se había equivocado. Fue leyendo los tejuelos. Quadrado, Ortiz de la Vega, Juan Allés, Benjam Vives, Lafuente Vanrell, Ruiz Pablo, sólo autores menorquines. Le extrañó que tales obras no se hallaran en la biblioteca del predio, sino tan vasta como la de la casa solariega de los Carreras, bastante nutrida y selecta. Creyó recordar, no obstante, que alguno de los títulos se hallaba en ella. Tomó un ejemplar entre sus manos; después, otro, y otro, y otro. En el lomo, las iniciales de su hermana, y en la portadilla, su firma, le aclararon el misterio. María del Carmen se había elegido su pequeña biblioteca de autores isleños. Teniendo en la mano uno de los tomos, leyó el título y le cautivó: "El final de una leyenda", de Ruiz Pablo. Casi a hurtadillas, se lo llevó a su habitación y comenzó a leer.

Al principio, como se encontrara al protagonista en Vallvidrera, creyó se había equivocado y no se trataba de un asunto local tal como imaginara. Pero, ya en el segundo capítulo, la presencia del paisaje menorquín atrajo su interés y se sintió de pronto compenetrado con el problema de Carlos Montaña, le preocuparon sus amores con Inés a despecho del odio secular entre las respectivas familias y le cautivó sobre todo la intervención mediadora de la ange-

lical Magdalena. Y de tal modo se enfrascó en la lectura y le arrobó la inventada historia que la doncella que le avisó para la comida hubo de repetir por dos veces su llamada.

Consultó el reloj y se turbó de pensar a la vez que las horas se le fueran sin sentir y que hubiera podido parecer desatento con los invitados de sus hermanos. Se arregló en un santiamén y llegó a la terraza con rara oportunidad, porque ya Luis había ofrecido el brazo a Lady Brooke, precediéndoles Maria del Carmen con sir James. De no llegar tan en su punto, Elizabeth se hubiera quedado sin pareja o tenido que aceptar la consolación del otro brazo de Luis.

—Tarde, pero a tiempo.

Elizabeth le sonrió.

—Ustedes tienen un refrán que dice: "Nunca es tarde...

—...si la dicha es buena". Y la mía es inmejorable.

Volvió a sonreír, agradeciendo el cumplido, y aceptando el brazo de César penetraron en el comedor, una pieza amplísima, que comunicaba directamente con la terraza e iluminada por numerosas ventanas cuyos torrentes de luz contrastaban con la severidad del decorado, inspirado en el más recio estilo español.

La comida transcurrió en un ambiente de casi adusta seriedad. Tal vez el concepto exacto debiera ser el de una rigidez señorial. Luis informó del principio de sus indagaciones, que no habían aportado aún dato alguno, de lo que dolíase sir James, al par que se sentía hondamente agradecido al entusiasmo con que Luis había acogido la tarea de resolverle el asunto que le trajo a Menorca.

César intentó, en varias ocasiones, desviar la conversación hacia otros asuntos y sus esfuerzos se vieron colmados a los postres en que, en retirada los eruditos, halló el campo libre para desenvolver su charla. Y a fe que su éxito fue rotundo, la conversación se generalizó, se animaron los rostros a la gracia de unos chistes y a la tiesura inicial siguió una franca cordialidad. Como que, ya levantados los

manteles y tomando el café en la terraza, al hacerle Luis pleitesía de una copa de "whisky" al caballero, éste hubo rechazarla para solicitar:

—Coñac, prefiero una copita de coñac.

Es decir, que ni siquiera pidió "old brandy". Lo cual le vino a Luis de perilla para rubricar, mientras le servía:

—De pura solera andaluza, obtenido de los mejores vinos de Jerez.

Avanzaba la tarde cuando una barca a motor se acercó al embarcadero

—Una satisfacción propia de todo mahonés es enseñar el puerto para que los demás compartan la admiración que por él sentimos. Y me ha parecido que completaría la que me proporciona su presencia recorrer algunos de sus rincones más pintorescos. ¿Aceptan ustedes mi invitación?

No se hicieron rogar. Luis y María del Carmen con sir James y lady Brooke descendieron hasta el embarcadero, seguidos a poca distancia por César y Elizabeth. Estos se habían trabado en una animada conversación, cuyos ecos no alcanzaban al grupo que iba en vanguardia. Y tendría César empeño en celarla, porque, ya en la barca, se llevó a Elisabeth a lo más alto de la proa, mientras los demás ocupaban la popa de la embarcación.

Más de una hora duró el paseo por mar. La barca se fue asomando a todas las calas, siluetando las puntas, bordeando las islitas. Luis actuaba de voluntario "cicerone" y al conjuro de su voz brotaban, como inesperadas flores, perfumadas páginas de la historia y la leyenda. Tenía algo de taumatúrgica el habla reposada del catedrático, cual una varita mágica que prestara vida generosa a las rocas milenarias, a las vetustas construcciones, a los rincones plácidos y sosegados, que dormían tal vez un sueño de siglos.

De regreso, propuso que visitaran el Lazareto. Contaba Luis entre sus buenas amistades, con la del médico director de Sanidad Exterior que residía en la isla donde se halla

enclavado el establecimiento. Más que cortés, cordial, les atendió éste, y en su compañía recorrieron las instalaciones consideradas por su calidad y conservación las mejores de España. El director, inteligente profesional, era doblado asimismo de historiador aficionado. Varios años de su vida los empleó en investigar en los archivos del Lazareto, consecuencia de lo cual tenía un hecho, una anécdota o una curiosidad que contar para cada uno de los lugares que visitaban. Para lo último, reservó una torre en la que confluían, formando ángulo, dos lienzos de muralla, cuyo vértice se disparaba hacia la bocana del puerto.

—La llaman la “Torre de los secretos”. Su única curiosidad reside en la bóveda, posee una singular condición acústica. Dos personas se hablan desde otros tantos ángulos opuestos del interior y una tercera, situada en el centro de la nave, no consigue enterarse de nada.

Ya dentro de la torre, el director invitó a una prueba. El mismo se colocó en un ángulo, Luis en el otro, ocupando el centro sir James. No pudo ser mejor el resultado, porque confesó el caballero que no había logrado percibir una sola de las frases cambiadas. Divirtió el experimento y hubieron de repetirlo varias veces, cambiando los interlocutores, a fin de que todos se dieran cuenta de la rara propiedad de aquella bóveda. A la postre quisieron probarlo Elizabeth y César, mientras María del Carmen se colocaba en el centro.

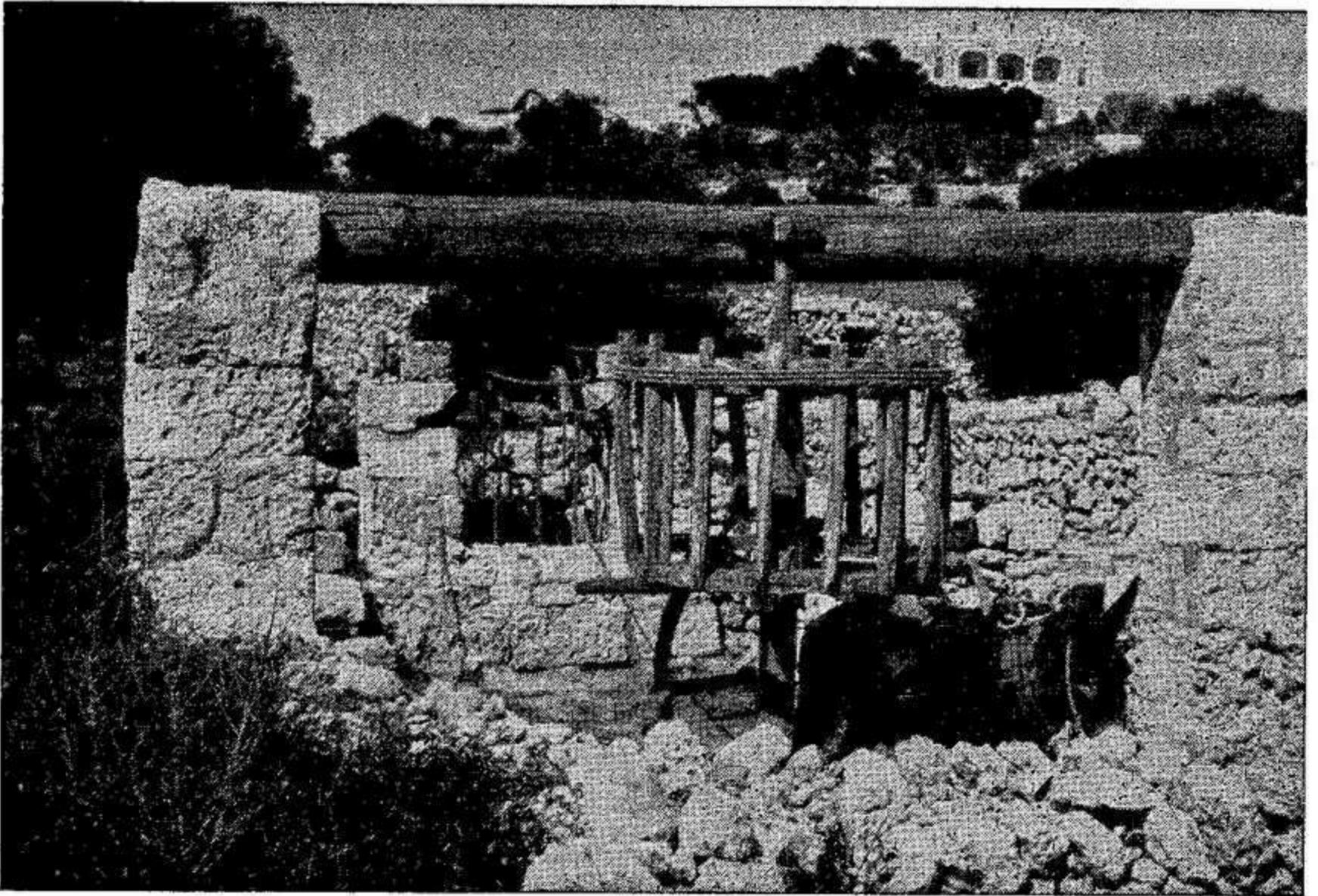
En los ojos de César brillaba una extraña luz cuando se colocó de cara a la pared en su ángulo. Siguió un silencio, interrumpido por leves risitas.

—¿Qué? ¡No oye usted nada? —preguntó el director a María del Carmen.

—Nada —afirmó ella.

Pero en el mismo instante, al volverse Elizabeth, se fijó en que también los ojos le brillaban y se había acentuado el rosa de sus mejillas.

(Continuará)



Típico pozo árabe

(Cortesía del diario «Menorca»)

Mario Verdaguer

UNA CARTA, UNA CONFERENCIA Y UN DISCURSO

Por Juan Hernández Mora

CARTA - PRÓLOGO

Mahón, 20 de diciembre de 1962.

Sr. D. Mario Verdaguer.

Barcelona.

Querido Mario:

Reúno en las páginas que siguen dos trabajos míos que a usted se refieren: la conferencia titulada *Mario Verdaguer a la vista*, que se publicó en el diario *Menorca* el día 2 de mayo de 1960, y el discurso pronunciado en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Mahón en el acto del descubrimiento del retrato de usted, incorporado a la Galería de

Menorquines Ilustres, discurso que se dio asimismo a la estampa en el citado periódico el día 12 de septiembre del corriente año.

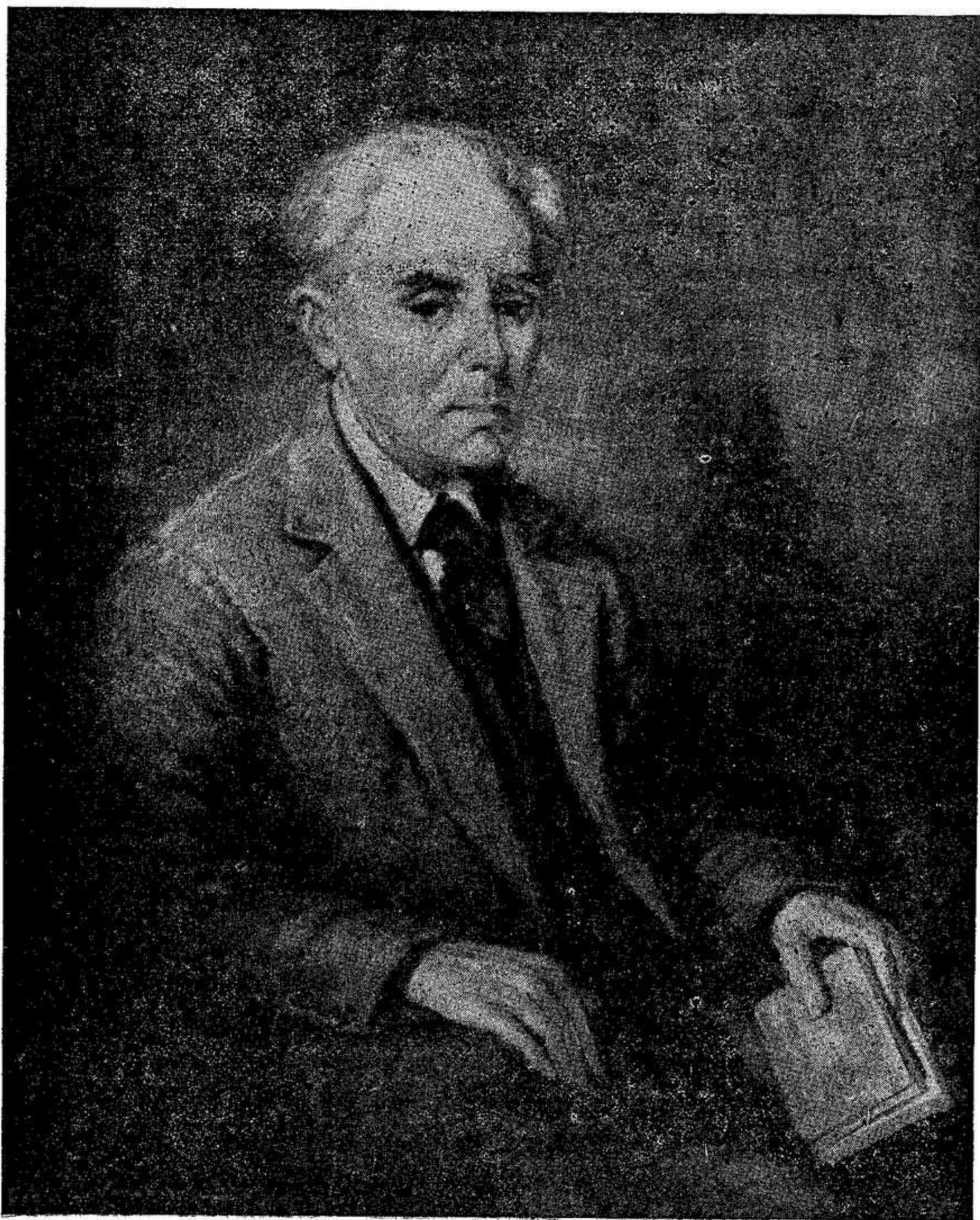
En la creencia de que dichos trabajos son de interés, no por ser míos, sino por ser usted su tema, he buscado para ellos refugio en la *Revista de Menorca*, archivo ya venerable de estudios acerca de nuestra isla. De esta manera podrán conservarse mejor en las bibliotecas de los amantes de Menorca y de la obra de los menorquines.

En esta nueva aparición, los he acompañado de una serie de quince ilustraciones, cuidadosamente seleccionadas para que constituyan un esquema de historia gráfica de su propia vida.

Acéptelo todo como un testimonio más de mi alto aprecio de su persona y de su obra, así como de nuestra vieja y mutua amistad, amistad no sólo de toda la vida sino heredada, por una parte y otra, de nuestros respectivos padres.

Un cordialísimo abrazo.

JUAN HERNANDEZ MORA



MARIO VERDAGUER Reproducción del retrato al óleo, obra del pintor González Carbonell, que figura en la Galería de Menorquines Ilustres del Ayuntamiento de Mahón. Este retrato fue regalado a la ciudad por el Dr. Don Fernando A. Rubió y Tudurí

(Cortesía del diario «Menorca»)

MARIO VERDAGUER A LA VISTA

Conferencia leída en la Biblioteca
Pública de Mahón el día 23 de abril
de 1960, Fiesta del Libro Español.

Señor Alcalde de la Ciudad,
Ilustrísimos Señores,
Señoras y Señores:

Celebramos hoy la Fiesta del Libro y por ello nos hemos congregado aquí. Precisamente aquí, en la Casa de la Cultura y en el salón de la Biblioteca. Es decir, donde la Fiesta del Libro tiene su mejor asiento y su marco más adecuado.

Nos hemos congregado para meditar acerca de lo que la Fiesta del Libro es, para celebrarla en comunidad, lo cual sólo puede conseguirse si cada uno de nosotros la celebra en su propia alma —pues comunidad de almas ha de ser nuestra celebración—, y para darle un contenido.

Quiero significar con ello que hemos de darle un contenido específico, un contenido particular, propio de la Fiesta del Libro de este año, y no debido al azar de una elección caprichosa sino a circunstancias histórico-literarias con las que los menorquines tenemos el deber de enfrentarnos hoy en actitud jubilosa, de agradecimiento y de homenaje.

La Fiesta del Libro, felizmente creada en 1926, vino a satisfacer una necesidad cultural en España. La necesidad —una primera necesidad, para pueblos muy civilizados— de dedicar una jornada solemne a que toda la nación tribute, como nosotros nos disponemos a hacerlo ahora, un cálido homenaje a la vida del espíritu, a quienes en la vida del espíritu se han distinguido de una manera próspera y nos han dado, en bellos libros, los frutos de su actividad mental.

De manera simbólica, esta jornada solemne que digo quedó fijada definitivamente en el 23 de abril, fecha de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, para que así el Príncipe de nuestros Ingenios ejerza un patronazgo permanente sobre la Fiesta que hoy celebramos.

Festejar el libro no es celebrar un jolgorio cualquiera, no es entregarnos a lo que podemos llamar una *fiesta exterior*, con bullanga y placer de los sentidos. Muy al contrario, es sentir una vibración del alma, una emoción ante el tesoro de espiritualidad que las generaciones pasadas y nuestros contemporáneos más egregios han creado y han acumulado para nuestro bien, para nuestra utilidad y para nuestro goce.

Es el tesoro de la vida del espíritu en España lo que venimos a admirar y a venerar en nuestra Fiesta del Libro Español. No festejamos al libro como continente, como objeto, como producto editorial, aunque este aspecto de la producción del libro tenga grandísima importancia. No podemos hacer de nuestra Fiesta una simple manifestación de bibliófilos, preocupados por los materiales de los que el libro está hecho, por la impresión o por la encuadernación. Estas apariencias externas deben cuidarse y se debe procurar que sean lo más bellas posibles. Pero nosotros, los que celebramos de verdad la Fiesta del Libro no podemos pagarnos sólo de apariencias y hemos de ir a lo esencial de la cuestión, a lo que el libro nos dice, al mensaje que nos trae, a la cantidad de alma humana en tensión que en él se ha puesto.

Insisto: nuestra Fiesta no es una fiesta editorial sino una fiesta del espíritu, que no nos permite detenernos en el encanto corporal de los libros sino que nos lleva a la contemplación y a la estimación de las ideas, de los sentimientos de las emociones que los libros nos ofrecen y de las hermosas y precisas formas de expresión que sus autores han logrado.

Así pues, la Fiesta del Libro Español viene a ser la fiesta

de la cultura española y al mismo tiempo también la fiesta del idioma nacional, en tanto éste es el medio de expresión de nuestra cultura. Fiesta de pensamiento puro y fiesta de arte literario. Fiesta de afirmación de nuestra comunidad nacional en el concierto de todas las comunidades humanas con características nacionales. Y por esto, por tratarse de una afirmación cultural de este tipo, tiene nuestra Fiesta del Libro unos íntimos y sutiles enlaces que no he visto nunca pregonados, pero que no por ello son menos existentes, con otra fiesta solemne en el calendario de las celebraciones: con la Fiesta de la Hispanidad. Ambas se complementan y ofrecen a nuestra consideración dos facetas del mismo problema: el ser y el existir de España.

Mas, limitándonos al examen de lo que es para nosotros esta jornada de hoy, podemos decir que la Fiesta del Libro, como fiesta que es de la cultura española y de la Literatura de España, tiene por contenido genérico y permanente todo lo que sea exaltación de nuestros valores culturales y literarios. Esta exaltación conjunta del pensamiento hispánico y de su forma de expresión constituye el denominador común de la Fiesta del Libro a lo largo de los años.

Pero es obvio que este contenido genérico y permanente al que acabo de aludir no puede consistir, un año tras otro, en unas cuantas generalizaciones acerca de nuestra cultura y de nuestras letras. Precisamente la inmensa amplitud de la materia aconseja limitarla, concretarla, dar a cada una de las Fiestas del Libro que venimos celebrando un contenido específico, a ser posible de palpitante actualidad para cada uno de los grupos de devotos del libro que en las ciudades y pueblos de España nos entregamos hoy a esta celebración.

Atenta a ello, he querido dar a mi disertación un título signifiativo que exprese por sí mismo el sentido y el contenido de las palabras que van a seguir: *Mario Verdaguer a la vista*. Porque a la vista de todos está hoy, en efecto,

nuestro gran escritor menorquín y porque no había, moralmente, posibilidad de tratar aquí de otro tema. Así hemos de proclamarlo en los momentos presentes, pues si la jornada instituída con este fin nos obliga a exaltar al libro y al escritor en general, y en particular, ¿a quién si no a Mario Verdaguer hemos de exaltar particularmente nosotros, tributándole el homenaje que desde hace tantísimos años merece? Con ello no hacemos sino cumplir una obligación, cuyo descuido por más tiempo nos avergonzaría y hasta nos envilecería por despreocupados, por ingratos, por ignorantes de su magnífica personalidad.

Mario Verdaguer es un menorquín, un mahonés preclaro que, a punto de cumplir sus setenticinco años de edad, celebró hace ya algún tiempo —un decenio largo si contamos sus primeros tanteos periodísticos— sus bodas de oro con la Literatura. ¡Más de medio siglo de escritor! ¡Sesenta años cumplidos de servicios a las letras! Bien vale la pena el que consideremos hoy este gran esfuerzo intelectual en el que Mario Verdaguer ha consumido su vida.

No pretendo sin embargo hacer un estudio de su obra, porque no lo permiten ni la extensión de la misma ni el breve espacio de esta disertación. No intento tampoco una biografía. Aspiro sólo a conseguir una evocación. Los límites que me he trazado a mí mismo están claros en el título: *Mario Verdaguer a la vista*. Me propongo, por tanto, únicamente, comentar la presencia actual, viva, de Mario Verdaguer ante nosotros, ante Menorca entera, ante sus lectores todos, ante su público español, hispano-americano e internacional. Su presencia actual desde hace ya unos años, después de un largo eclipse.

No engañen, pues, las palabras de este título. No quiero significar que Mario Verdaguer esté a la vista sólo porque hace pocos meses se haya publicado la tercera edición, tantos años esperada, de su novela menorquina *Piedras y viento* y porque esta novela se difunda ahora con profusión en

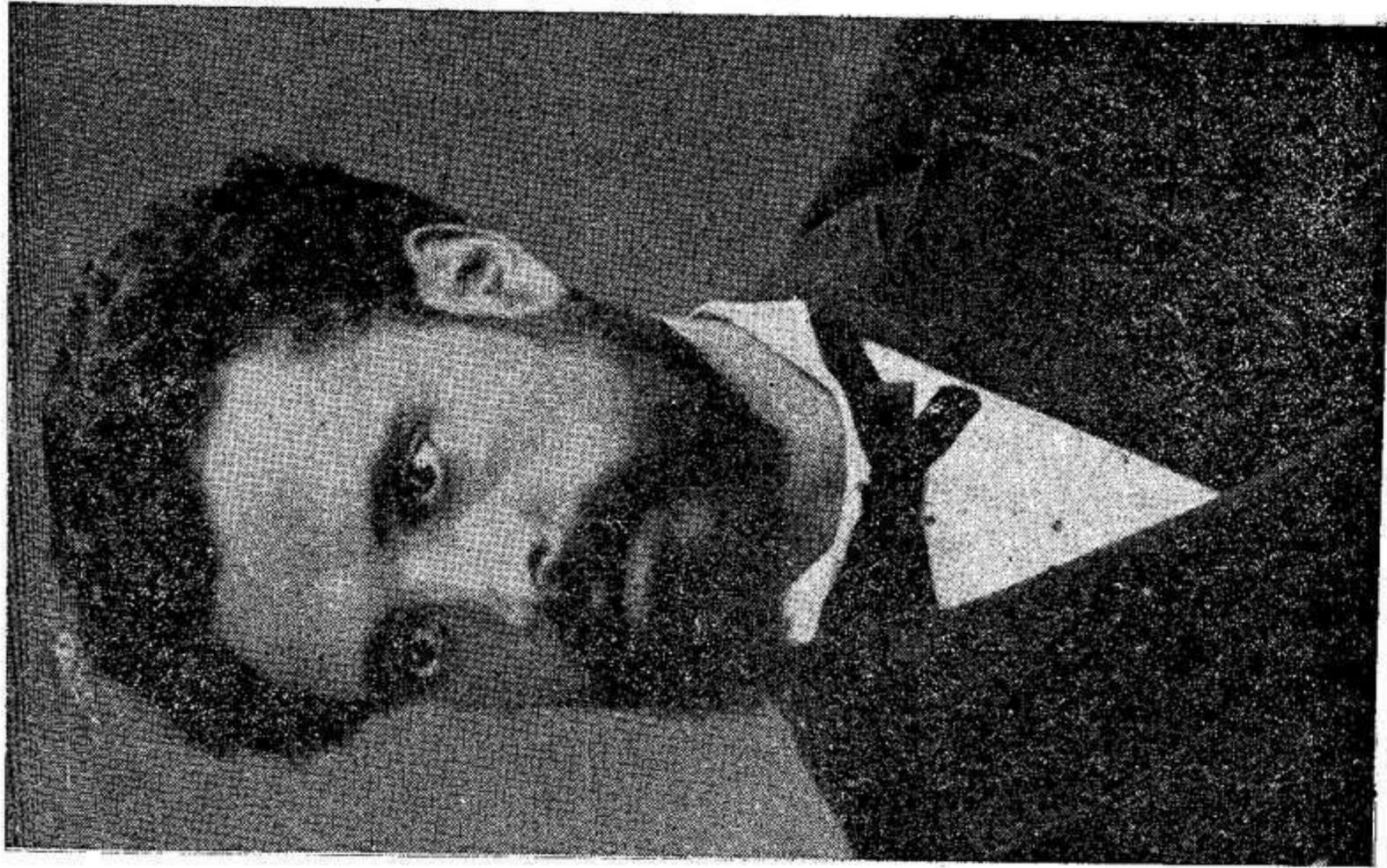
nuestra isla ¡No! Hay motivos de mayor amplitud, así temporal como literaria, para considerar *a la vista* a Mario Verdaguer.

Mas antes de entrar en los comentarios anunciados hay que decir otras cosas para el buen orden de la exposición y para la perfecta comprensión del final de la misma.

¿Quién es Mario Verdaguer? He aquí una pregunta que se formulan estos días los muchachos que nacen a la vida intelectual y comienzan a apasionarse por las lecturas. Para estos muchachos, Mario Verdaguer ha sido un descubrimiento. Vamos a satisfacer un poco su curiosidad.

Mario Verdaguer, mahonés por su nacimiento, es, por su familia paterna, oriundo de Vich y pertenece a una estirpe esclarecida en la literatura y en la política de Cataluña. Su padre, Don Magín Verdaguer y Callís, Catedrático y autor de excelentes obras didácticas, vino a Menorca en 1874 para incorporarse al profesorado de nuestro Instituto de Mahón y aquí contrajo matrimonio con Doña Isabel Travesí Guardia, oriunda de Valladolid por parte de su padre, jefe militar de accidentada vida, y de Alayor por parte de su madre. De este matrimonio, entre otros hijos, nació Mario, el primogénito. Nació exactamente el día 13 de junio de 1885.

Esto es lo que se lee en su acta de nacimiento. No obstante, este dato aparece tergiversado en numerosas obras de literatura y en alguna enciclopedia, como la Espasa, en la que aparece su biografía. Por lo general, se le da por nacido en 1893. Es decir, se le presenta como ocho años más joven de lo que en verdad es, cosa que ha sido siempre perfectamente creíble por lo juvenil de su espíritu. Si no hubiera datos fehacientes que permiten conocer su biografía con exactitud, podrían escamoteársele muchos más años y nadie, entre sus lectores notaría el engaño puesto que sus libros de última hora están escritos, si bien que con la experiencia de la madurez, con el ímpetu de la primera ju-



Don Magín Verdaguer y Callís, padre de Mario Verdaguer, al término de su carrera universitaria —Filosofía y Letras—, base de su ingreso en el profesorado, en cuyo ejercicio vino al Instituto de Mahón



Doña Isabel Travesí Guardia, madre de Mario Verdaguer, en la época de su noviazgo con Don Magín Verdaguer y Callís

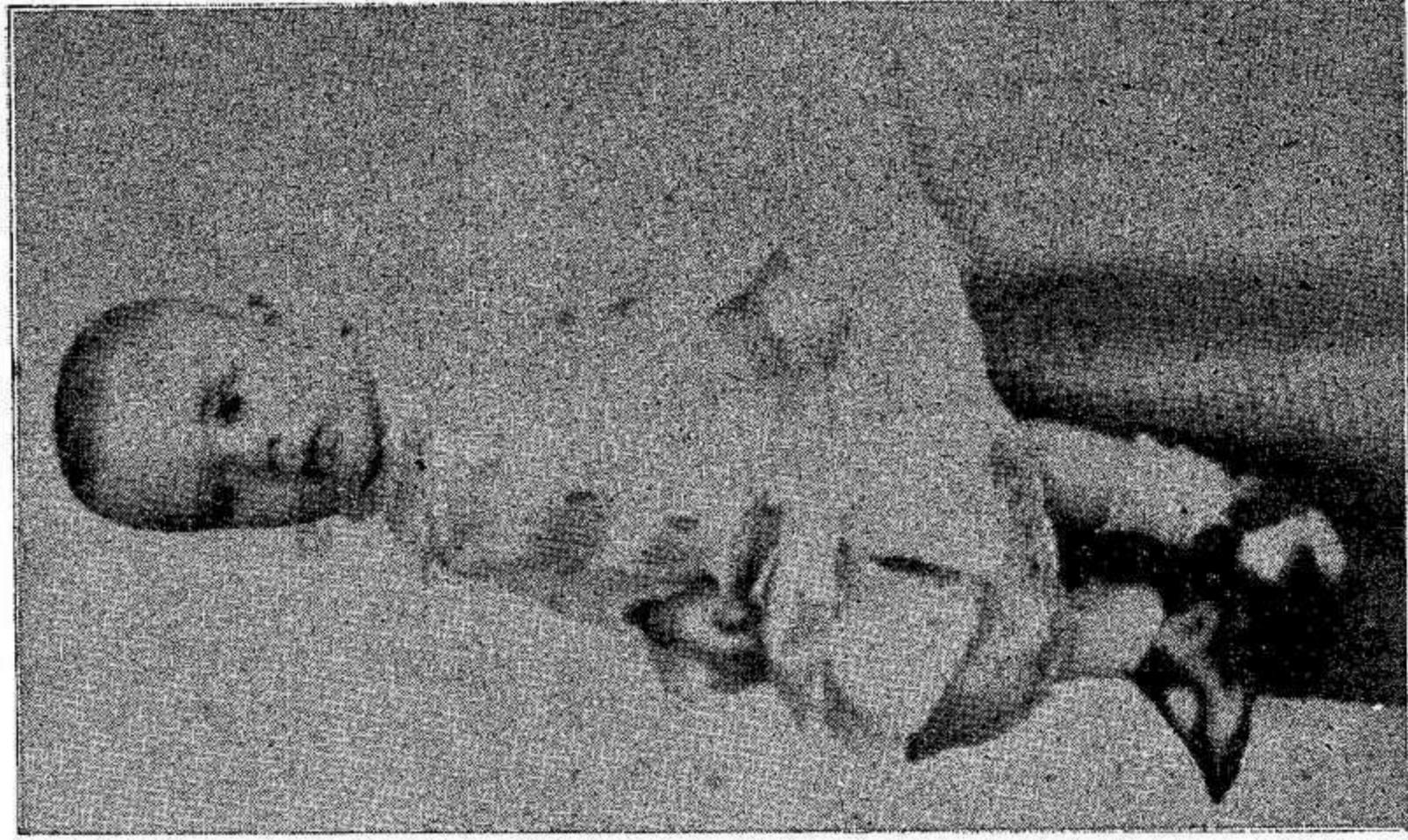
ventud —de una primera juventud muy bien lograda— en la que se dan aunadas la frescura expresiva, la espontaneidad tumultuosa y la agudeza de ingenio. ¡Envidiable gracia de su espíritu!

Pero no divaguemos, de momento, y sigamos con la familia. Tío carnal de Mario era Don Narciso Verdaguer y Callis, jurisconsulto de gran prestigio en Barcelona y figura destacadísima en la política catalana, además de poeta. Junto a Don Narciso hubo de formarse, en la abogacía y en la política, Don Francisco Cambó. Y primo de los hermanos Verdaguer Callis fue el glorioso poeta Mossén Jacinto Verdaguer. En la familia materna nos encontramos con que la propia madre de Mario es sobrina del polígrafo José Miguel Guardia, un menorquín incorporado a la cultura francesa y que promovió gran clamor en París —con eco en España— en el siglo pasado. Como se ve, el marco familiar a la personalidad de Mario no puede ser más distinguido y noble.

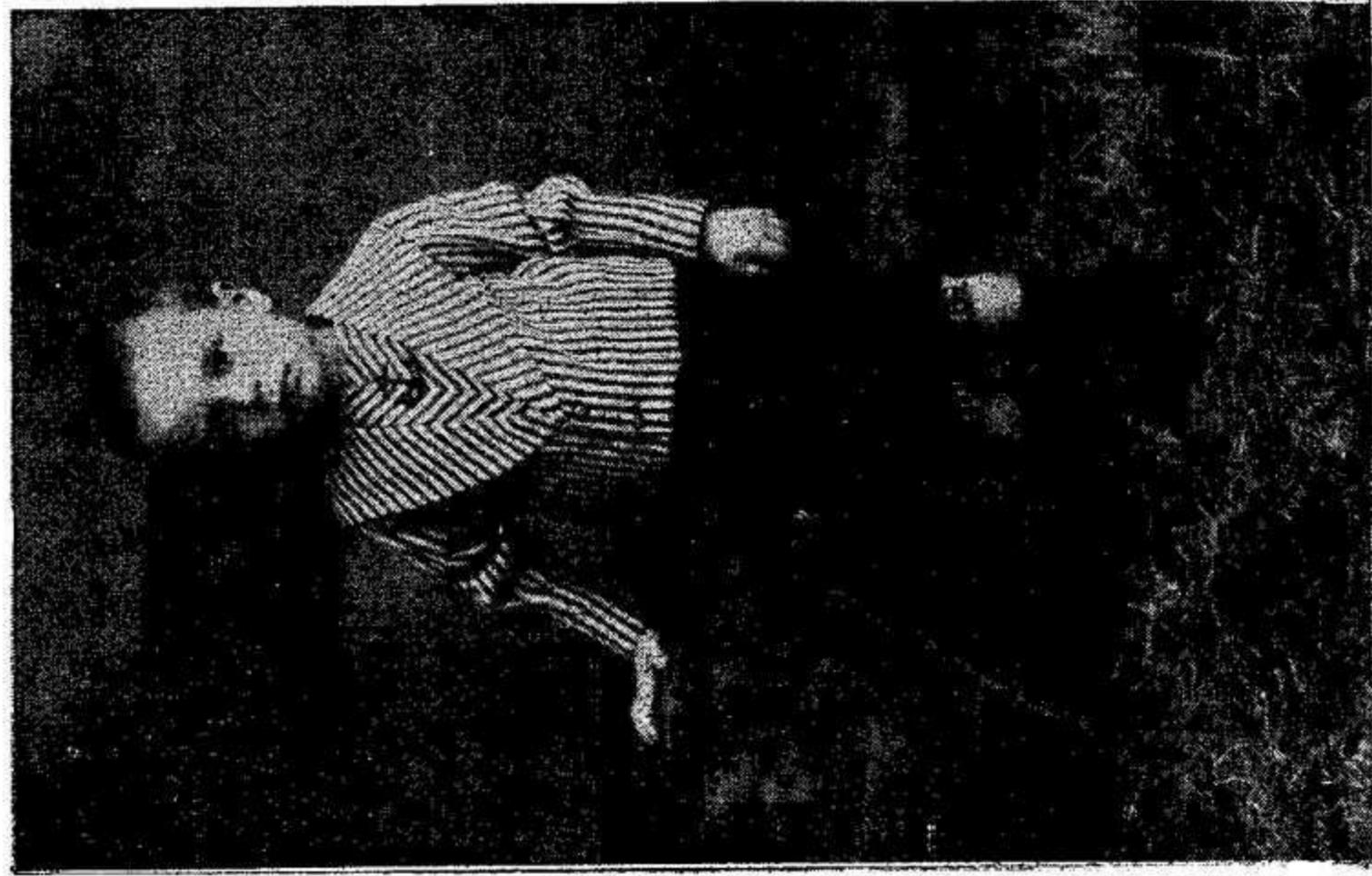
Poco después de dos años del nacimiento de Mario, en 1887, Don Magín Verdaguer consiguió ser trasladado, como Catedrático de Latín y Castellano, al Instituto de Segovia y la familia se ausentó de Mahón sin que el niño Mario hubiera podido todavía sentirse menorquín. Su menorquinismo nació más tarde, cuando él, a su vez, *descubrió* Menorca, siendo ya estudiante universitario.

Había cursado el Bachillerato, que terminó en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Baleares, o sea de Palma, en el mes de junio de 1901, a sus dieciséis años de edad. En el curso siguiente inició los estudios de Facultad, en la de Derecho de la Universidad de Barcelona, y los fue prosiguiendo hasta terminar la Licenciatura, aunque sin demasiado propósito de utilizarlos en el porvenir.

Ni la abogacía —a pesar del magno ejemplo de su tío Don Narciso— ni ninguna profesión para la que el título de Licenciado en Derecho fuera exigible le atraían. Le atraían la literatura y el periodismo. Para él la suerte es-



Mario Verdagner al cumplir su primer año
de edad, en 1886



Mario Verdagner, de edad de tres años,
en 1888

taba echada desde bastante tiempo atrás. Y hemos de convenir en que no se equivocó en la elección. En pro de la misma abogan su vasta obra y el homenaje que hoy nos vemos obligados a tributarle, homenaje que no es otra cosa que la constatación de su triunfo de escritor.



Mario Verdaguer a sus diez y seis años, cuando, en los momentos iniciales de este siglo —1901—, terminaba el bachillerato en el Instituto de Palma de Mallorca

He aludido antes a la novela *Piedras y viento*, de la que, en particular, no pienso decir nada en esta ocasión. Nada más que señalar el hecho de su nueva aparición, hecho que en las circunstancias presentes ha sido posible gracias al mecenazgo de otro mahonés benemérito, el Dr. Don Fernando A. Rubió y Tudurí que no ha querido que este libro, a Menorca dedicado, faltara en la bibliografía menorquina circulante.

No pienso decir nada de *Piedras y viento*, porque considero que sería una impertinencia el analizar o el pretender darles a conocer este libro que todos ustedes han leído y conocen a la perfección. Por otra parte, estimo necesario hablar de otras cuestiones no tan conocidas y no debo abusar de la bondad de mis oyentes.

Pero no puedo silenciar que *Piedras y viento*, novela publicada en 1927, tuvo su primera concepción en la mente del autor muy a principios de siglo, en el viaje que fue para él el descubrimiento de la isla. Esto me lo ha contado el propio Mario Verdaguer en una carta, bella como todas las suyas, que forma parte del epistolario que de él conservo. Era en 1955. Nos escribíamos por entonces con frecuencia y era precisamente objeto de nuestro diálogo epistolar la novela *Piedras y viento*. Con tal motivo, el día 2 de septiembre de aquel año, Mario me decía:

“Cuando estudiaba como alumno libre el primer curso de Derecho, fui en unas vacaciones a Menorca. Llegué lleno de ilusiones y, con todo mi entusiasmo juvenil, me entregué por entero a la isla, embriagándome de paisajes, de mar, de cielo y de viento”.

Recuerdo, como si fuese hoy, que de regreso a Mahón, después de un día entre paisajes impresionantes, me encontré con su inolvidable padre en la calle de Hannóver y le referí la excursión que había realizado. Debía yo llevar una borrachera de luz y de aire, debí hablar con tanto calor y exaltación, que su padre, poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo: Si escribiese usted todo eso tal como lo siente, saldría un bello libro”.

“Experimenté un poco de vergüenza al darme cuenta de que había hablado con tanto calor apasionado, pero las palabras de su padre me dejaron turbado y triste. Yo sentía por él una admiración profunda. Me parecía un ser —como en realidad lo era— absolutamente identificado con la isla

y en cierto modo aquella voz amiga tuvo para mí una significación penetrante y turbadora”.

“Yo no había escrito entonces más que algunos insignificantes artículos y un ingenuo libro de versos de juventud y en lo más secreto de mi conciencia —no muy tranquila por lo que pensaba— pensé que sería extraordinariamente magnífico el poder escribir un libro sobre Menorca”.

“Me marché de la isla embrujado, llevándomela metida dentro del corazón, acariciándola con el pensamiento como a la amante auténtica”.

“Mis proyectos secretos eran muy ambiciosos, una gran inquietud, que su padre de un modo certero había señalado, germinaba dentro de mí. Me sentía lleno del atrevimiento de todo hombre que ama”.

Hasta aquí el texto epistolar de Mario. En él hallamos explicaba por el propio autor la génesis de *Piedras y viento*. El mozo que experimentaba los sentimientos y concebía los proyectos que la carta explica tenía diez y siete años. La ejecución de aquellos proyectos se aplazó por circunstancias de la vida —no puede uno escribir siempre lo que quiere, ni, a veces, desea escribir—, pero el compromiso que el autor había contraído consigo mismo no fue olvidado jamás. Y un cuarto de siglo más tarde, a los cuarenta y dos años de su edad, Mario Verdaguer, ya consagrado como novelista, ofrecía, por fin, a Menorca su novela.

La explicación del suceso me la daba Mario en la misma carta al decirme:

“Luego, los azares del periodismo activo, mi idea de que “era mejor vivir que escribir”, me apartaron largos años de la literatura pura. No publiqué mi primera novela hasta el año 1925”.

“Entonces, en plan ya apasionado de escritor, despertaron en mí, hirviendo con la resonancia de mi ya lejana juventud, ansias de verter en la literatura todas mis visiones exaltadas de la tierra nativa y en el invierno de 1926,

aislado en una pequeña masía de Vallensana, con la sagrada montaña de Montserrat en el fondo del paisaje, escribi Piedras y viento"

"No quedé satisfecho de mi libro, pues Menorca se merece un mejor cantor. Pero al revés de lo que suele acontecer y en contra de lo que reza un adagio demasiado cierto, en mis paisanos encontré el aplauso y el mejor aliento y la más cordial simpatía para proseguir, con nuevos alientos, mi vida de escritor".

"Con su padre sostuve una cordial correspondencia, que guardaba con gran estima, desgraciadamente perdida en los azares de la vida y en la que quedaba patente nuestra profunda y mutua estima, amistad y ferviente amor a Menorca".

Los comentarios a todo esto podrían ser muchos, pero he de guardármelos para mejor ocasión.

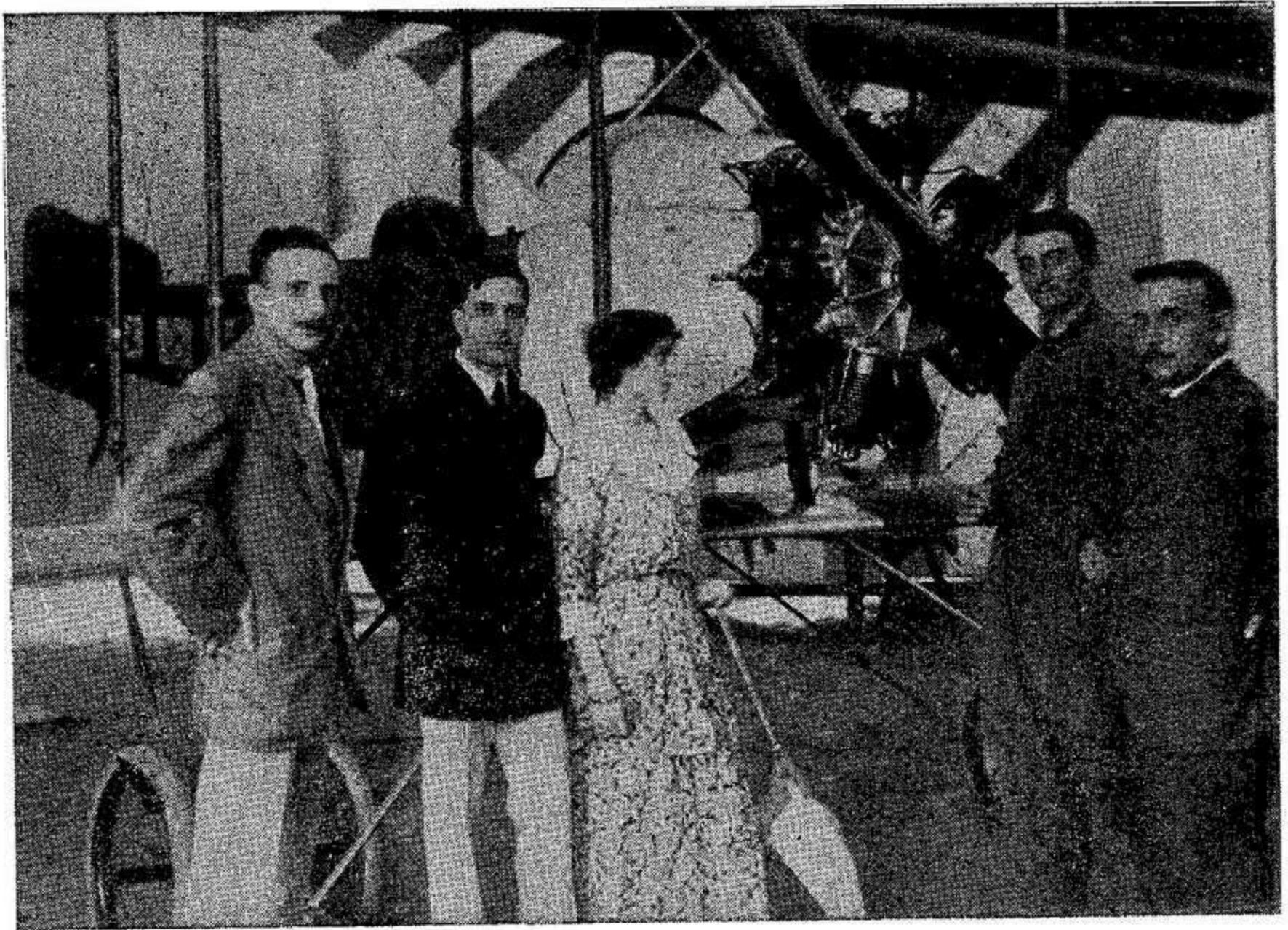
Dejando aparte los artículos de periódico, aludidos en el texto transcrito y en los que, años adelante, sería Mario Verdaguer un verdadero maestro, su bibliografía se inicia en 1908, o sea a sus veintitrés años, con la publicación del *ingenuo libro de versos de juventud*, como le llama con sus propias palabras, libro titulado *En el ángelus de la tarde*, y de la novela corta *La venus llora*. Ambas producciones primerizas pertenecen a la estética modernista, entonces en boga.

Mario Verdaguer ha emprendido su camino y marcha decidido hacia la conquista de su personalidad. Que en esto, en la conquista de la personalidad, está el secreto del estilo. Tener estilo es tener personalidad, es ser alguien. Y sólo se llega a ser alguien con esfuerzo, con doloroso esfuerzo, con trabajo ímprobo. La personalidad no se nos da hecha. Hay que alcanzarla. Este es el gran mérito del escritor, del artista. El destacar del conjunto con caracteres personales, inconfundibles. Ser él. ¡El y no otro! Que se le conozca por sus obras. Que no haga falta su nombre para saber que una



Mario Verdaguer en 1908, a sus veintitrés años. Es el momento de la publicación de su libro de versos *En el Angelus de la tarde*. La caracterización del poeta está perfectamente de acuerdo con la estética modernista, entonces imperante, a la que pertenece el libro citado

página es suya. Que no sean los caracteres colectivos de la escuela a la que en un principio se adscribió los que destacan en sus escritos, sino los de su propia alma. Conocer estilos no es otra cosa que conocer almas, lo que llega a conseguirse de una manera mucho más perfecta que la que nos permite distinguir físicamente a las personas por la calle.



Mario Verdaguer en compañía de su primera esposa, Doña Concepción Noguera Riutord. Estamos en Arenys de Mar y en el año 1915. El escritor cuenta ya treinta años. Un aeroplano de la época constituye la escenografía del retrato

Mario Verdaguer trabajó de firme para conseguir que se le distinguiera. En la prensa, en algunos periódicos palmesanos y en la gran prensa nacional —*Las Noticias*, *La Noche*, *La Nación* y, sobre todo, en *La Vanguardia* de Bar-

celona— se fue afianzando su personalidad y el juvenil episodio modernista fue olvidado.

Digamos aquí, de paso, que en la gran prensa nacional, según el mismo Mario ha escrito con palabras llenas de afecto, entró llevado de la mano por Don Miguel de los Santos Oliver, gran mallorquín, historiador, ensayista y maestro de periodistas.

El esfuerzo auto-creador de Mario Verdaguer es admirable. Se entregó con voluntad tesonera a la conquista de su personalidad y el éxito coronó sus esfuerzos. Por esto, cuando, en 1925, a los cuarenta años de edad, publicó su primera obra literaria de alto bordo, *La Isla de Oro*, era ya un gran novelista. Como tal fue tenido sin discusión desde el primer momento. Azorín saludó alborozado la aparición del libro. Y en torno al juicio del maestro Azorín se levantó un coro de alabanzas. Mario Verdaguer quedaba consagrado y su nombre empezaba a entrar en las historias de la Literatura Española y en las antologías empezaban a dedicársele páginas.

Han pasado treinticinco años desde entonces —casi treinticinco, para ser exactos—. Coincidió la aparición de *La Isla de Oro*, con una estancia mía en Madrid. Me parece ver aún en estos momentos los escaparates de las librerías de la Puerta del Sol, de la calle de Alcalá, o de la calle de Preciados, en los que destacaba de manera extraordinaria la novela de Mario Verdaguer. Su portada chillona, en la que se veía sobre el espejo de las aguas de la bahía de Palma la mole gótica de la Catedral interpretada de una manera en extremo impresionista, atraía y hacía detener a los transeúntes con una excepcional curiosidad. Era la primera invitación a la lectura de un libro que dejaba perfectamente satisfecha la apetencia del más exigente lector de novelas de alta calidad literaria.

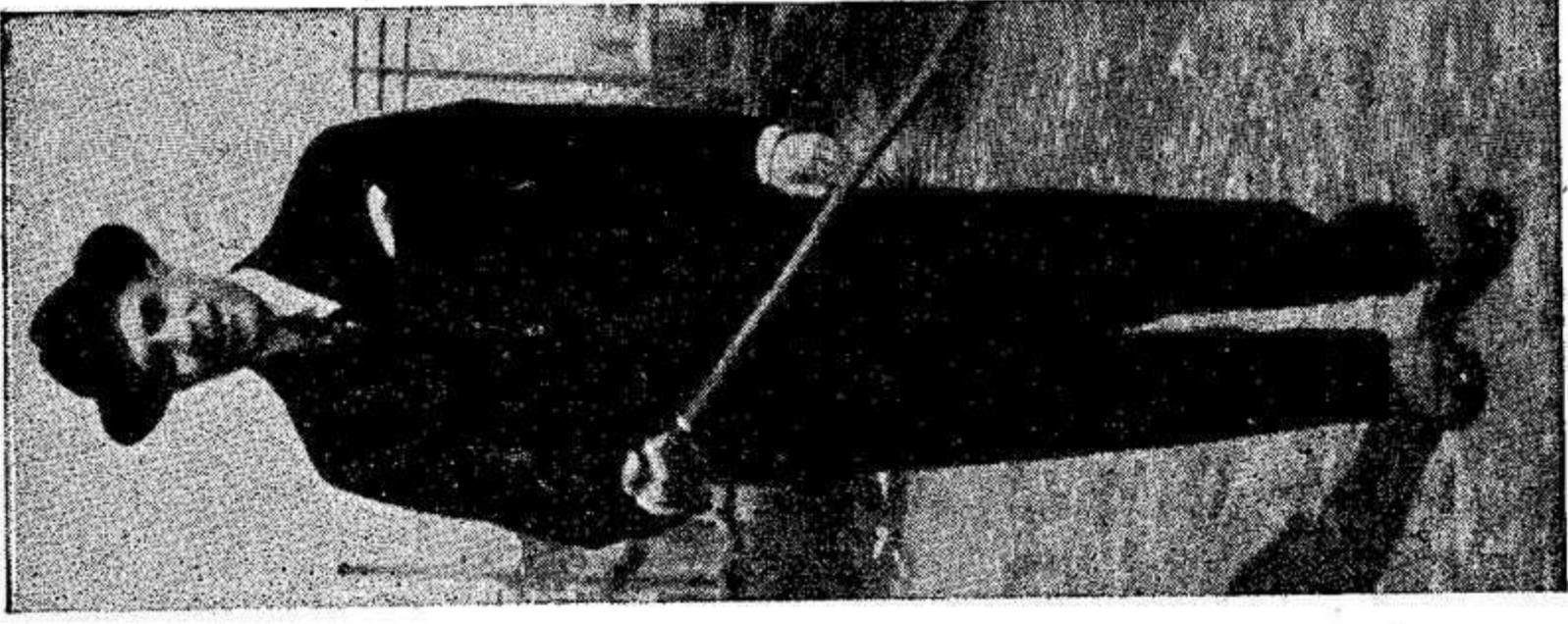
La Isla de Oro, novela de pasión y de paisajes, como decía su subtítulo era un homenaje, un tributo de amor a

Mario Verdaguer en 1920, a los treinticinco años de edad, cuando, después de un largo aprendizaje, se encontraba ya plenamente en forma para la gran aventura de su vida de escritor y novelista

(Cortesía del diario «Menorca»)



Mario Verdaguer en 1925 -cuarenta años-, en el momento triunfal de la publicación de *La Isla de Oro*



Mallorca, un canto a la ciudad de Palma, al paisaje de la llanura, a la cordillera, a la costa, a los dominios del Arquiduque legendario, Luis Salvador. Mallorca es, en síntesis, el verdadero protagonista de este bello libro.

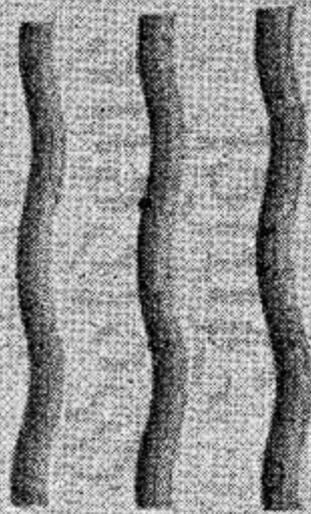
¿Por qué su publicación no suscitó entonces hace treinticinco años, el homenaje que hoy ofrecemos a Mario Verdaguer? La ocasión no podía ser más justificada y sin embargo no se aprovechó. Que nuestra actitud de hoy sirva de desagravio por la omisión padecida y que Mario Verdaguer perdone a sus paisanos la aparente frialdad con que en aquel momento triunfal de su vida le trataron.

A partir de *La Isla de Oro* —y contando también con algo publicado antes— los libros que salen de la mente y de la pluma —o de la máquina de escribir— de Mario Verdaguer forman un montón. Novelas, biografías, teatro, traducciones... en todo se vierte su fecundo ingenio, y siempre con acusada personalidad, buscando nuevas fórmulas y presentándolas con vestiduras de alta dignidad literaria. Esta fiebre creadora dura largos años, en tanto que Mario Verdaguer sigue trabajando en *La Vanguardia*.

Quiero sólo apuntar unos títulos. No me es posible, sobre esto, decir más si he de cumplir con el propósito que me he formado. En el campo de la novela, a *La Isla de Oro*, y a *Piedras y viento* siguieron: *El marido, la mujer y la sombra*, *Tres pipas*, *La mujer de los cuatro fantasmas* y *Un intelectual y su carcoma*. El género biográfico aparece copiosamente en la producción de Mario Verdaguer: *Vida de Aldonza Lorenzo*, *Rasputín, el dominador de mujeres*, *Las mujeres de la Revolución Francesa*, *La segunda mujer de Dostoiéroski* y algunos tomos más. Al teatro —teatro de vanguardia— dio dos obras: *El alucinador de serpientes*, que se publicó con un "Pregón" de Ramón Gómez de la Serna, y *El sonido 13*.

Además de todo esto, Mario Verdaguer empezaba a

MARIO VERDAGUER



R o m a n
Der Sandfisch und Leidenschaft
Um die genial-phantastische Gestalt
eines Fischerjungs, des Herrschers der
zaubervollen Insel Mallorca, und um
zwei unvergeßliche Frauen kreist das
Geschehen dieser bedeutenden Dichtung

PAUL ZSOLNAY VERLAG



Tres ediciones de *La Isla de Oro*
la traducción alemana, la traducción francesa y la primera edición española

acumular ya una gran cantidad de obra inédita, que en el último ventenio ha crecido prodigiosamente.

Mención aparte merece la labor de traductor de Mario Verdaguer, labor insoslayable para mí en un esquema como éste que de su personalidad estoy trazando. Mario es un políglota que ha podido asomarse con fruto intelectual a diversas culturas europeas. De ahí que le debamos atildadas, fieles traducciones de Giovanni Papini, de Stéfán Zweig, de Tomás Mann, de Junger, de Teixeira de Pascoaes y de otros autores. Traducciones en muchos casos acompañadas de prólogos escritos por él mismo y que constituyen certeros estudios críticos. No en vano ejerció la crítica literaria durante tantos años.

De Papini tradujo *Palabras y sangre*, *Gog y Dante vivo*. De Stéfán Zweig, *Momentos estelares de la humanidad* y *Los ojos del hermano eterno*. De Tomas Mann, *La montaña mágica*. De Junger, *Tempestades de acero*. De Teixeira de Pascoaes, *Napoleón*. Estas citas no agotan su catálogo de traducciones.

Si leer, leer de verdad, es colaborar con el autor, es sentir como en el alma del lector nace y va creciendo y cobrando vida la obra que se lee, y, a medida que se avanza en la lectura, el lector se va apropiando de la obra leída... ¿a qué grado de íntima colaboración hay que llegar cuando el lector no lee sólo para leer y saborear la obra literaria sino para traducirla a otro idioma, es decir para darle nueva forma verbal, manteniendo inalterado su contenido? Es ésta una hazaña intelectual en la que sólo un escritor de profesión puede quedar airoso.

Nos encontramos en los antípodas de la fórmula que dice: *Traduttore, traditore*. En los antípodas, porque frente, y en oposición, a las traducciones debidas a espíritus incompetentes, aquí triunfa la fidelidad literaria. Verter con exactitud las ideas y los sentimientos de un idioma a otro, cuando sus medios expresivos son tan diferentes y los pro-

cedimientos sintácticos tan dispares, es de una gran dificultad. En este arte de la traducción Mario Verdaguer se ha acreditado de maestro. Únicamente su gran dominio de la lengua alemana —y el de la española— podía permitirle el emprender con éxito las traducciones que he citado, y muy en particular la de *La Montaña mágica*. Así se comprende que su autor, Tomás Mann, con plena conciencia de lo que significa haber vertido al español su ingente obra, le llamase con bondadosa ironía, dice Mario, pero con toda exactitud, *su colaborador*. Y no es mérito de poca monta, ciertamente, el haber sido, el seguir siendo ya para siempre colaborador de Tomás Mann.

Esta colaboración tenía que hacerles y, en efecto, los hizo grandes amigos. En su tarea de traductor de *La Montaña mágica* Mario Verdaguer hubo de identificarse con el espíritu de Tomás Mann hasta el extremo de llegar a sentir por él una estimación fraternal. Esto explica que la muerte del escritor alemán, acaecida en el mes de agosto de 1955, le afectara tanto. En una carta fechada el día 16 de aquel mismo mes me decía así:

Sigo trabajando con entusiasmo, si bien desde ayer estoy íntimamente triste por la muerte del admirado Tomás Mann, gigante mágico de la literatura universal contemporánea con el que conviví intelectualmente durante dos años en el magno esfuerzo de verter al castellano su obra cumbre. Es triste ver desaparecer esa gran figura en un momento en que el mundo se halla tan necesitado de ejemplos, heroicos, como el suyo, de espiritualidad. Es un viejo y glorioso amigo que desaparece en el mundo material, para continuar su trayectoria luminosa e imperecedera en el mundo de la inteligencia y del arte”.

A este humano y espiritual dolor de Mario Verdaguer vino a sumarse, antes de cumplirse un año, el nuevo dolor por la muerte de Papini, otro coloso intelectual de nuestro tiempo.

Era justo que tan excelente, tan gran traductor como es Mario Verdaguer, por ser él, originalmente, escritor de tan acusada personalidad, mereciera, a su vez, el honor de copiosas traducciones a otras lenguas. No le han faltado. Baste decir que de *La Isla de Oro* se han publicado ediciones en inglés, en ruso, en húngaro, en alemán y en francés, algunas con notable decoro en la presentación, como *L'Ile d'Or*, la traducción francesa de Claude de Malvoisin, aparecida a fines de 1954.

No es ésta la única obra suya traducida. En la misma carta en la que me hablaba de la muerte de Mann, me decía Mario:

"Hoy he enviado a Francia una copia de mi novela Mallorca, clima ideal para su traducción al idioma galo. He revisado el manuscrito cuidadosamente y he añadido dos capítulos que creo dan al libro una más intensa vibración".

A esta novela tendré que volver a aludir más adelante ya que es la que se publicó el año pasado con el título cambiado por el de *Un verano en Mallorca*. De ella, en charla personal con Mario, habíamos tratado varias veces en los años últimos. Como también de la titulada *El camino de todos*, de la que no podré decir nada por hoy, pero que tiene su historia.

Mas se me hace necesario volver atrás. Volver atrás en el tiempo, para no perder el orden en la exposición, orden que queda ahora algo alterado, y para justificar de nuevo, por si no ha quedado bastante claro, el título de *Mario Verdaguer a la vista*.

Allá por los años de mil novecientos treinta... y tantos, Mario Verdaguer, después de una serie continuada de éxitos literarios era, como escritor, uno de los hombres del día. Los escaparates de las librerías se llenaban con sus libros. Los periódicos hablaban de él. Los críticos se veían obligados a informar a la opinión de los sucesivos aciertos de este hombre de letras menorquín que había conquistado le celebri-



Otros tres libros de Mario Verdaguier

dad. *La Vanguardia* seguía siendo para él una magnífica tribuna. Su fama había traspasado nuestras fronteras. Se le traducían y se le leía en varias lenguas. Dicho en pocas palabras: había llegado a la meta. A la meta más honorable a la que un literato puede aspirar.

Entonces cuando se encontraba en pleno triunfo, se abatió sobre España la gran desgracia de una contienda civil. En medio del fragor de las armas, en los frentes, y de las luchas político-sociales, en las ciudades, la vida espiritual, la vida literaria, sufrió un colapso. Este colapso fue particularmente grave en Cataluña. Sobre todo, en Barcelona. Y el trastorno global, colectivo, para cuanto significaba vida del espíritu, se convirtió en trastorno personal para quienes, como Mario lo cultivaban. En trastorno personal, cuando no en algo más grave, en doloroso drama íntimo. Este doloroso drama íntimo enlutó la vida de Mario Verdaguer. Fue la muerte de uno de sus hijos, desaparecido en aquel cataclismo histórico. Pero no ahondemos en los dramas íntimos. Nos basta en este instante meditar acerca del drama nacional de entonces y de sus consecuencias sobre la literatura.

El escritor, al menos en apariencia, perdió, de momento, importancia. Las circunstancias no eran propicias para la lectura. Otros problemas, de aspecto pavoroso, acaparaban la atención de las masas y de las minorías. La actividad editorial decreció hasta quedar casi extinguida. El colapso había causado sus víctimas.

Y un buen día, cuando en España hubo de nuevo paz, en busca de paz y de olvido de sufrimientos Mario Verdaguer volvió a Mallorca. Pasaron unos años. Sus libros se fueron agotando y no se editaron otra vez. Uno tras otro fueron desapareciendo de los escaparates, y, con ellos, el nombre de Mario. Incluso en los catálogos de libros de ocasión sólo por modo excepcional he podido encontrarlo. Confieso que este último fenómeno no he conseguido explicármelo nunca. Acaso no tenga más que una explicación: la

de que nadie ha querido desprenderse jamás de sus libros.

Lo cierto es que únicamente se encontraban, y han seguido encontrándose, sus traducciones. Pero en ellas su nombre queda un poco disimulado en la portada interior. En el exterior del libro no se ve. De aquí que este nombre, para la gran masa de la gente que en España lee, hubiera desaparecido de la circulación. Mario Verdaguer, además, no publicaba nuevos libros y así, poco a poco, para quienes no estaban en el secreto de su vida hirviente y fecunda, se iba convirtiendo en una figura del pasado. Hubo quien, con la mayor buena fe, dejó de considerarle un autor actual para juzgarle sólo perteneciente a la Historia de la Literatura.

De esta manera, con este silencio en torno a la persona de nuestro autor, pasó bastante más de un decenio, hasta que, en el año 1953, una obra inesperada de Mario Verdaguer aparecía en los escaparates y suscitaba comentarios en la prensa. Era un tomo de modestas dimensiones, pero de jugoso contenido. Se titulaba *La ciudad desvanecida*. ¿Qué insólita novedad era ésta? ¿Qué había acontecido para que este hombre —*desvanecido* también, en cierto modo— volviera a presentarse en escena?

Mario Verdaguer daba en aquellos momentos la impresión de un navío —de un navío de gran tonelaje— que se hubiera alejado de nuestras costas para un largo viaje de duración indeterminada —acaso para un viaje sin retorno, sin fin— y que, de pronto, al cabo de catorce, o quince o dieciséis años de ausencia, aparecía en el campo visual de los vigías de la manera más insospechada. ¡*Buque a la vista!* es el grito que procede en estos casos. ¡*Mario Verdaguer a la vista!* fue el grito exultante que lanzaron los vigías literarios y que lanzaron sus lectores ante la sorprendente publicación de *La Ciudad desvanecida*.

La navegación de Mario Verdaguer por los mares desconocidos del espíritu había terminado. A la vista estaba y fondeaba de nuevo felizmente en el puerto de la literatura

española viva, después de su ignoto periplo de tantos años, periplo angustioso y dramático al que se acababa de poner fin.

Yo puedo decir algo de este fin de viaje y de este periplo. En Palma de Mallorca, en la casa de Mario Verdaguer, en Son Armadans, donde pasó estos años de su vida a los que ahora aludo, he sostenido muchas inolvidables conversaciones con él. Allí, en su gabinete de trabajo, o en la hermosa galería abierta al grandioso espectáculo de la bahía palmesana, acompañados de su esposa —de la que también tendré de decir algo— me ha hablado de sus proyectos de sus ilusiones, de sus desalientos, de sus esperanzas...

Hace ya unos nueve años, empezó a anunciarme sus memorias, a informarme del deseo de escribir unas memorias. Era un deseo muy natural. Cuando empezamos a tener años, nuestra vida se va convirtiendo en... *memorias*. Y cuando más se ha vivido más *memorias* se tienen. El pasado es lo importante. Se vive más de lo pasado que de lo presente y de lo por venir. Mas cuando la vida adquiere el grado de intensidad de la vida de Mario Verdaguer, entonces las memorias se hacen extraordinarias, abrumadoras. En la propia producción literaria de Mario tenemos la confirmación. Pero hay que dejar sentado que Mario es un hombre excepcionalmente dotado para escribir memorias, desde su juventud. ¿Acaso su novela *La Isla de Oro* no es un estupendo libro de memorias, memorias noveladas, pero memorias al fin? Luego, la medida que el escritor ha ido haciendo su vida, su preparación para este género literario ha crecido.

Sus condiciones de observador, su amplísima cultura, su aptitud para la ironía, su sentido del humor, su dominio, del pensamiento y del idioma —lo que le permite expresarlo todo con una máxima maestría de matización— hacen de sus libros últimos obras insuperables en su clase. Gran parte del secreto de este éxito está en que Mario es un

gran conversador, es un artista de la conservación, es un interlocutor del altísima categoría que, así como pone todo su espíritu en lo que dice, pone toda su inteligente atención en lo que escucha, sin perder detalle. Esto le ha hecho maestro en el diálogo. Y las memorias —las memorias vivas— se nutren, en enorme proporción, de diálogos.

De mí puedo decir que pocas veces en la vida he experimentado el placer de hablar y de escuchar, como hablando con Mario Verdaguer.

A lo apuntado hay que añadir todavía más. Su atención por los diálogos, su interés por las conversaciones sostenidas, para no perderlas, le ha llevado, durante muchos años de su vida, a imponerse el trabajo de escribirlas y archivarlas, haciéndose así con un ingente caudal de materiales para futuras memorias, o para futuras novelas, que, en el fondo, no pueden ser ya otra cosa que memorias.

Nada de lo hablado, nada de lo vivido —no olvidamos que *hablar*, hablar, en el pleno sentido del vocablo, es vivir— ha escapado así a la diligencia de Mario como archivero de la palabra. Esto tiene, claro está, sus peligros para los interlocutores y en sus libros de memorias está la prueba. Tratando de esta práctica suya, me decía una vez que tenía fielmente escritas dos largas conversaciones conmigo. Confío en que Dios impediría que en tales conversaciones se me escapara alguna indiscreción. De lo contrario, algún día podríamos verla en letras de molde.

Me decía también Mario Verdaguer que el volumen de los materiales acumulados para dar forma a sus memorias daba de sí lo suficiente para llenar unos cuatro buenos tomos. De esta magna obra proyectada, *La Ciudad desvanecida* venía a ser un anticipo. Algo así como el aperitivo que precede al banquete. Pero un aperitivo con categoría de plato fuerte. Para ser exactos, se trata de un primer tomo de memorias en el que Mario nos habla de su infancia y de su juventud.

Esta obra fue premiada en un concurso por el Círculo Mallorquín, en ocasión en que esta sociedad celebraba su centenario. El tema central del libro es Palma, la vida de Palma. Se trata, por tanto, de un fragmento de la biografía de la ciudad, de un fragmento que comienza en los últimos años del siglo pasado y se adentra en el presente. El título, *La ciudad desvanecida*, es un título propio de la madurez del autor. Se ha desvanecido la ciudad que era en el pasado y ahora es distinta. Han desaparecido personas, costumbres, establecimientos, instituciones, aspectos urbanos. Todas las ciudades se desvanecen así para cada generación a medida que sus hombres avanzan en la vida. Y al tener años se siente nostalgia y ternura por lo que se vió y se vivió en la infancia y en la primera juventud. Esta nostalgia y esta ternura las ha poetizado Mario en su libro.

En el prólogo, y en frases algo parandellianas, dice:

"...hay una ciudad para cada individuo y para cada tiempo".

"Así en esta ciudad de Palma, que tiene cien mil habitantes, hay una ciudad distinta para cada alma que en ella habita. Hay cien mil ciudades".

"De esta manera, por cada individuo que desaparece, desaparece también una ciudad".

Es cierto, con el que muere, muere su visión, su interpretación, su sensación de la ciudad. Y de las personas que ha tratado. Y de todo. Pero mucho antes de llegar a la muerte, cuando la vida no se corta en flor, se produce el desvanecimiento del título de Mario.

La atmósfera, difuminada por el tiempo, de *La ciudad desvanecida* se extiende fuera de la isla, más allá del mar y, de la mano del autor, la encontramos en Barcelona, entre la colonia mallorquina. Las descripciones y las anécdotas nos dan siempre el clima espiritual.

Una anécdota un tanto grotesca, de la que fue protago-

nista involuntario el General Weyler, sirve, como otras muchas, para que Mario nos muestre su fino humorismo.

En ocasión de una entrada triunfal de Weyler en la ciudad de Palma, a su paso por el Borne, en coche descubierto, recibió, entre muchos homenajes, el de un entusiasta admirador, coronel retirado, quien, desde un balcón, le lanzó una monumental corona de laurel. Pero se la lanzó con tan fatal acierto que el General quedó materialmente encajado en ella, hasta la cintura.

A Weyler no le satisfizo este exceso de entusiasmo y procuró desprenderse inmediatamente de tan inesperada como alegórica envoltura. El episodio, que produjo la natural sensación entre el público, fue presenciado por Mario Verdaguer, entonces de unos doce años de edad.

Muchísimos después, en Barcelona, fue presentado al General y le recordó aquel suceso. Mas al General que, ya más que octogenario, pero con toda energía desempeñaba la Capitanía General de Cataluña, no le hizo ninguna gracia el recuerdo y no disimuló su desagrado. Mario lo cuenta y, como único comentario a su desliz, escribe: "¡Había metido la pata!".

Sin embargo, nadie se había dado cuenta de ello más que el propio General. Su yerno, señor López de Sagredo, que era quien les había presentado, tan complacido quedó oyendo a Mario Verdaguer que le dirigió estas palabras:

--¡Qué frase más bonita ha dicho usted a mi suegro! "¡Le recuerdo dentro de una corona de laurel!". No hay como ser escritor para saber decir bellas frases simbólicas.

¡Bellas frases simbólicas! En este caso aparecía como símbolo lo que no era sino expresión ingenua y simple de una desagradable realidad. Desagradable para el personaje aludido. Pero... ¿es que podemos muchas veces distinguir lo real de lo simbólico? Todo es cuestión, como en esta anécdota, del punto de vista de quien contempla y juzga.

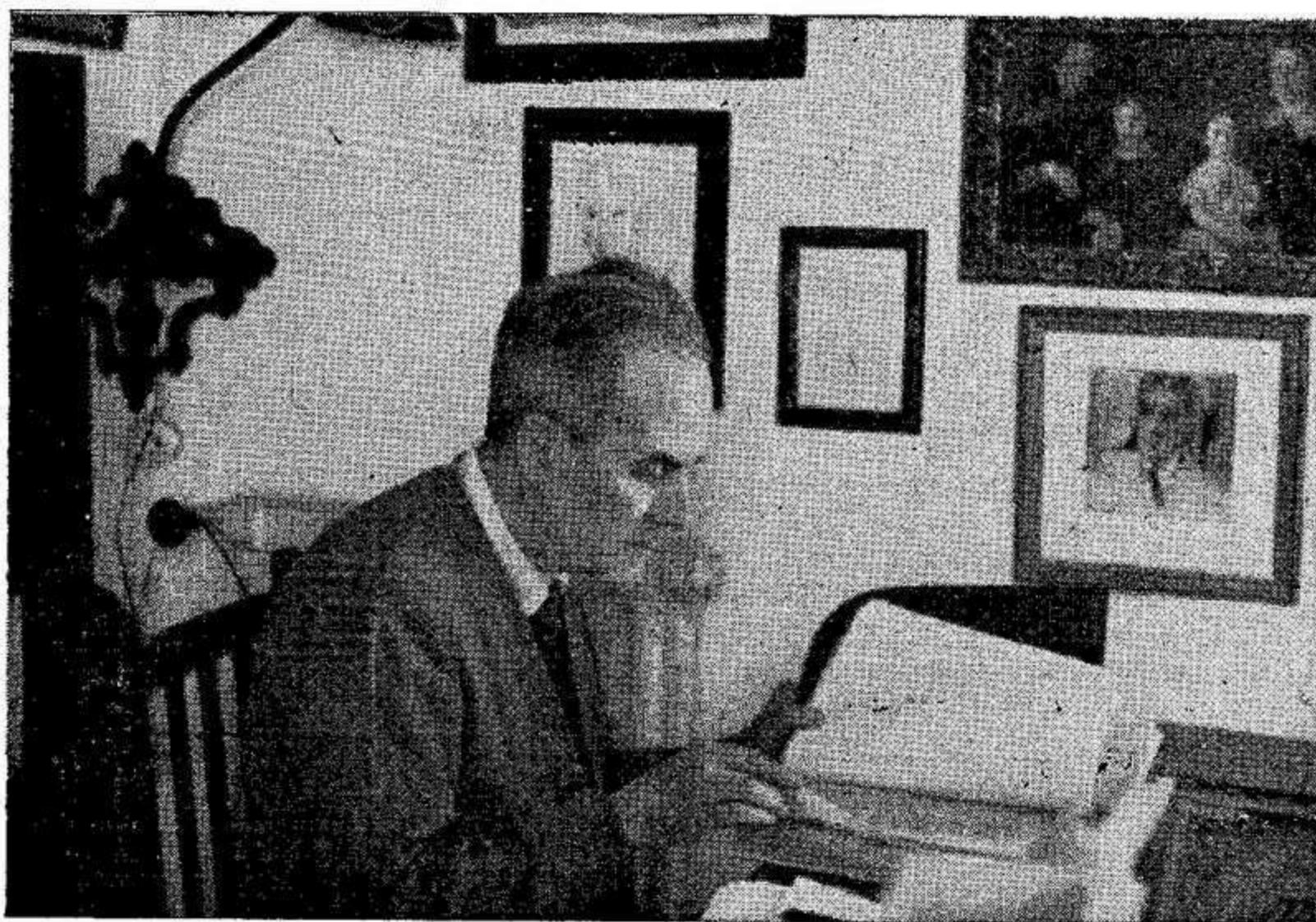
Hemos quedado antes en que leer es colaborar con el

autor, proceder a una nueva creación del libro a medida que se lee. No es menos cierto que el libro interesa al lector en cuanto éste encuentra en él algo de sí mismo. Esta verdad cobra extraordinaria importancia cuando de libros de memorias se trata. Los hombres de la misma generación del autor, y los de las inmediatas siguientes, consideran como si fueran sus propias memorias, las de los lectores, las contenidas en el libro que leen. Este hecho, fácilmente comprobable, se da en gran escala en los libros de memorias de Mario Verdaguer. En sus páginas me he encontrado yo mi propia *Barcelona desvanecida*, la de hace cuarenta años, y, en ella, en lugares conocidos y con personas tratadas.

Y es que los libros de memorias bien logrados, al salir de los límites de la intimidad para pintar el ambiente social dejan de ser las memorias de un hombre aislado para convertirse en las memorias de una época. Esta es su gracia y éste es su éxito.

Yo nunca dudé de que así acontecería con las memorias de Mario Verdaguer, sabiendo la gran preparación para ello acumulada. Después de la publicación de *La ciudad desvanecida*, persistía en el propósito de dar cima a su tarea. Avanzado ya el año 1955, el 17 de octubre me escribía:

“Estoy consagrado por entero, mañana, tarde y noche, a la redacción de mis recuerdos. Tengo ya un montón considerable de cuartillas que mi secretaria no deja de pasar a máquina diariamente. Con gran sorpresa mía veo que este tomo primero consagrado por entero a reflejar de un modo anecdótico mis relaciones con las numerosas personalidades que he conocido resulta mucho más divertido que melancólico. Creo será realmente interesante, pues hay mucha materia completamente inédita. Estos recuerdos están reunidos sin método alguno, ligados tan sólo íntimamente por la asociación de ideas, como cuando se tira de una cereza del cesto y salen colgando otras. En realidad, es una biografía espiritual del pasado medio siglo, una evocación de sus



Mario Verdaguer en 1955, al cumplir sus setenta años. Este es el período final de su estancia en Mallorca. Entre los retratos que decoran su estudio, se ve un grupo de familia en el que aparecen, juntamente con la madre del escritor, niña de pocos años —la de la izquierda— y una de sus tías, los abuelos maternos, Don Cayetano de Travesí Pérez de Bas y Delgado y Doña María Guardia y Bagur

*inagotables jacetas y al lado de amigos graves, encumbra-
dos y serios, aparecen también aquellos tipos lunáticos y
desorbitados, bien provistos de inabatable alegría”.*

*“En este primer tomo, hablo muy poco de mí y mucho
de los demás. Una especie de tienda de chamarilero en don-
de se encuentran amontonadas muchas cosas viejas y en
cuyos recovecos permanece arrinconada la chismografía de
medio siglo”.*

*“De todo lo que llevo escrito he deducido: que nunca se
tiene experiencia, que las cosas grandes tienen a veces efec-
tos muy pequeños y que los pequeños detalles de la vida*

tienen una trascendencia que no podemos apreciar hasta que hemos vivido”.

Esta autocrítica es magistral y me exime a mí de hacer comentarios propios. Los conceptos de Mario acerca de su obra, entonces en ejecución, por los certeros, por lo detallistas, por lo justos, no necesitan apostillas.

Insistiendo en el mismo tema, catorce meses más tarde, el 20 de diciembre de 1956, me escribía aún lo siguiente:

“Yo sigo trabajando intensamente y ya tengo una pirámide de cuartillas. Me pasa al revés de lo que suele acontecer cuando se evocan recuerdos que dejan una estela de melancolía. Yo no puedo dejar de mezclar la melancolía con la ironía y me resulta muchas veces divertido. ¡Qué diferentes aparecen las cosas cuando se viven a cuando se ven de lejos! Lo que nos parecía insignificante ha sido trascendental y lo que nos pareció trascendental resulta insignificante”.

Lo transcrito aquí es el anuncio del libro publicado en 1957 —estos días hace de ello tres años— con el título de *Medio siglo de vida íntima barcelonesa*. Intentar comentarlo sería el cuento de nunca acabar, por los motivos ya dichos. En cada capítulo, en cada página, en cada frase, surgen pretextos para la apostilla. Es decir, para el diálogo con Mario Verdaguer, diálogo al que yo, lector, me siento invitado.

No es extraño que esto me suceda a mí —y a otros— porque Mario es una permanente invitación al diálogo. No solamente habla cuando habla. Habla también siempre cuando escribe, así en sus libros como en sus cartas. Y en este libro, en el que cuenta cosas del tiempo en que *creía que era mejor vivir que escribir...* ¡hay que ver como habla! ¡Y como vive! Por otra parte, su experiencia vital aquí se ve ampliada por la de su amigo Rafael Moragas, de cuyas charlas y de cuyo anecdotario saca Mario Verdaguer gran partido.

La primera parte de la obra está dedicada al café *Lion*

d'Or y en él, como personaje principal de la vida noctámbula barcelonesa, aparece Pompeyo Gener, gran promesa de intelectual incumplida. Pompeyo Gener, nacido en Barcelona en 1848 y muerto en la misma ciudad en 1920, fue un genio que se malogró. Le faltó método. Le faltó disciplina. Le faltó dirección. A su muerte, Eugenio d'Ors le dedicó una bella glosa en la que decía que Gener, en su primera época "escribía brillantes síntesis ante las cuales abrieron los ojos maravillados las juventudes de España y de América". Pero este joven genio no llegó a la madurez. Dilapidó su vida. Hizo demasiada broma y convirtió en simple anécdota lo que pudo haber sido esfuerzo creador, pues estaba magníficamente dotado y había adquirido en los años de su formación una cultura vastísima.

Mario Verdaguer nos muestra al Pompeyo Gener bohemio y bromista y tal fuerza tiene la pintura que de él hace, tan convincente es, que temo que nadie que no esté en antecedentes, después de leer tales páginas pueda ya nunca tomar en serio a Pompeyo Gener. Tomar en serio a Pompeyo Gener en sus aspectos serios. Y sin embargo... tuvo significación y tuvo peso, en su tiempo, la pila enorme de sus libros, pues, a pesar de todo, fue un trabajador formidable. *La Muerte y el Diablo*, *Amigos y maestros*, *Literaturas malasanas*, *Inducciones*, *Herejías*, *Cosas de España*, *El intelecto helénico*, *Miguel Servet*, una *Historia de la Literatura* —universal— y muchas obras más lo acreditan. Claro que, con ellas, hay que catalogar la chunga procaz de *Los cent Conceyls del Conceyl de Cent* y el anecdotario póstumo *Coses d'en Peius*.

Me he detenido en este punto como muestra, nada más que como muestra, de que un lector de mis años se encuentra a sí mismo en las memorias de Mario. Pompeyo Gener ocupa también un lugar en mis propias memorias, no escritas. Siendo estudiante, leí en el Ateneo Barcelonés la colección de sus libros y un día de invierno, a fines de 1920,

acompañé su cadáver al cementerio de Montjuic. Iba con mi amigo José Pla, que entonces se encontraba en los comienzos de su fecunda carrera de escritor. En Monjuic, frente al ataúd abierto, Don Augusto Matons, Teniente de Alcalde —señor alto, enjuto, moreno, de barba grisácea y aspecto grave—, en un breve discurso patético, dió a *Peius* el último adiós de Barcelona. Era el adiós a un intelectual digno de respeto. El reverso de la figura, el retrato galiardesco que Mario nos da de *Peius* estaba ausente de aquella escena final de Montjuic.

Pero no sigamos por este camino. Conste solamente que, cuando el prodigioso libro de Mario encuentra eco en el alma del lector, basta este eco para suscitar la composición de otro libro. Esto sucede sea cual sea la parte de *Medio siglo de vida íntima barcelonesa* que se lea. Tanto da que sea *Els Quatre Gats*, como *Isidro Nonell y su mundo*, o el *Ateneillo de Hospitalet* o *El Paralelo*. Todo es sugestivo. Todo tiene palpitación de vida gracias a la magia del arte de Mario Verdaguer.

Cuando el libro cae en manos de un lector joven, de un lector que no se encuentra a sí mismo en sus páginas, que no puede ser copartícipe de las memorias, entonces cobra el valor de un extraordinario documento histórico.

Y vamos a terminar con una cita, asimismo escueta, de *Un verano en Mallorca*, obra publicada en 1959, hace escasamente un año. Es una novela. Novela, sí, pero al mismo tiempo libro de memorias. Es la novela de la colonia extranjera en Mallorca, o, mejor dicho, del alud de turistas que invaden la isla. Mario Verdaguer les ha observado, les ha estudiado, ha penetrado en su sicología y ha trazado una numerosa galería de etopeyas de primera fuerza.

El libro es, pues, una estampa histórica de Mallorca en estos años. Una estampa chillona —que hiere la vista— de historia social y de costumbres de este elemento extranjero. Pero, en cuanto constituye experiencia personal para

el autor que ha estudiado este ambiente y tan al vivo lo pinta, se trata de un nuevo tomo de memorias. Del anterior ya nos ha explicado el propio Mario que en él habla muy poco de sí mismo y mucho de los demás. En éste nos habla solamente de los demás. El no interviene para nada en el asunto. Es el pintor de un cuadro que se queda fuera del cuadro.

En cuanto al procedimiento pictórico hay que decir que es de una eficacia expresiva sorprendente. El lenguaje figurado de Mario Verdaguer da plasticidad a las ideas con frescura juvenil y precisión técnica de experto consumado. No hacemos más que abrir el libro y en sus primeras páginas nos encontramos con frases así:

...“a aquella hora, en el cielo negro de la ciudad, la luna se hallaba tumbada sobre un diván de nubes, con las dos piernas puntiagudas al aire”.

“El viento invisible caminaba por encima del mar y levantaba a puntapiés pequeñas olas”.

...“la luna en su descenso, se había sentado en la cumbre de una montaña que empezó a roer sus carnes blancas, desmenuzándola lentamente y bebiéndose su pobre luz”.

Los ejemplos estilísticos podrían multiplicarse.

La desgraciada señora Gritchenko, el matrimonio Simpson, con sus problemas y con sus soluciones, que nuestra sensibilidad y nuestra moral no pueden admitir, el camarero Walton, el periodista Varescu, el diplomático Glennwood y tantos y tantos tipos más como por las páginas de *Un verano en Mallorca* asoman nos dan una visión escalofriante y triste del mundo de hoy, de un mundo que no quisiéramos que fuera así. Para que esta verdad dolorosa no nos amargue demasiado, Mario Verdaguer nos la presenta envuelta en grandes dosis de humorismo y de ironía que alcanzan por igual al calidoscópico mundo de los extranjeros turistas y a lo mallorquín, a las conductas privadas y a los espectáculos

folklóricos. Libro fuerte, muy fuerte, es éste, que bastaría para acreditar a un novelista como tal.

Entiendo, señores, que he llegado al fin de mi trabajo, que no me está permitido prolongarlo más.

Me ilusionaría en gran manera el imaginar que la evocación que he intentado de Mario Verdaguer ha sido suficiente para darles a ustedes la sensación de su presencia aquí, entre nosotros, con la misma tangibilidad con que yo la experimento.

Perdonen ustedes lo ambicioso de mi pretensión. Pero el caso es que yo, en tanto he ido ordenando mis ideas, en tanto he ido pronunciando mis palabras, he sentido como Mario Verdaguer surgía, no sólo en espíritu sino corporalmente, ante mí y ahora le veo en nuestra compañía. Les veo a Mario y a su esposa y fiel secretaria, Maria del Carmen Llompart, mujer de fino y cultivado espíritu y de gran corazón, ejemplar compañera del escritor y también ella excelente escritora, articulista brillante y maestra en el género epistolar. Les veo aquí, temblorosos por la emoción que este homenaje les produce.

Y no me engaño. Ni la vista ni el sentimiento me pueden engañar. Nuestro homenaje de hoy a Mario Verdaguer puede ser tardío, pero es extraordinariamente cálido, no por el calor de mis palabras sino por el calor que le presta el numeroso —numeroso sobre toda previsión— y selecto concurso que me escucha. Y este calor llega ya en estos momentos, no lo duden ustedes, al alma del homenajeado. Yo sé que el calor de emoción ante su obra y el cariño de su pueblo natal hacia su persona son en estos momentos para Mario Verdaguer el mejor premio que la vida puede ofrecerle.

Pero nuestro homenaje, el homenaje de Mahón y de Menorca a la figura de Mario Verdaguer no puede ser simplemente el homenaje de un día, no puede quedar en un acto académico propio de la Fiesta del Libro. Ha de ser algo más.



Retrato reciente —1960— de Mario Verdaguer y de su segunda esposa Doña María del Carmen Llompart y Bagur, con la que contrajo matrimonio en 1945, paseando por el jardín de su casa de Barcelona

Ha de ser un homenaje permanente, que perdure en la tradición local, en la historia de la isla, en la futura vida cultural menorquina.

Señor Alcalde:

Yo espero que el acto que celebramos no sea sino el prólogo del homenaje oficial que Mario Verdaguer merece, del honor que únicamente el Excmo. Ayuntamiento de su digna presidencia le puede conceder: la declaración de Menorquín Ilustre, jerarquía que tan bien ganada tiene, y el dar su nombre a una de las calles del ensanche de la ciudad. Sólo así podremos pensar que nos hemos comportado todos de manera noble y justa con Mario Verdaguer.

He dicho.

Discurso pronunciado en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Mahón el día 9 de septiembre de 1962, en el acto del descubrimiento del retrato de Mario Verdaguer en la Galería de Menorquines Ilustres

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,

Señor Alcalde,

Excelentísima Corporación Municipal,

Señoras y Señores,

Pueblo todo, de Mahón y de Menorca:

En esta jornada jubilosa nos encontramos aquí, en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Mahón, para homenajear a uno de los menorquines más preclaros de todos los tiempos: a Mario Verdaguer.

Yo me siento obligado a iniciar mi intervención en este

acto expresando mi agradecimiento al Señor Alcalde y al Excelentísimo Ayuntamiento por haberme invitado a dejar oír mi voz en este lugar y en este día.

Y agradezco tanto más la invitación que se me ha hecho porque no la justifica ningún especial merecimiento mío, del que, en absoluto, carezco.

La justifica tan sólo, si es que en ello se quiere ver una justificación, el hecho de haber sido yo el iniciador del homenaje que hoy llega a su punto culminante.

Hace ya casi dos años y medio, el 23 de abril de 1960, celebramos en esta ciudad y en su Biblioteca Pública, la Fiesta del Libro Español y en tal ocasión hube de dar yo una conferencia a la que puse el título de *Mario Verdaguer a la vista*.

Bastó este título, bastó el tema que semejante título anunciaba, para que el vasto salón de la Biblioteca se llenara de un público extraordinario, tanto por su volumen como por su calidad, de un público —el mejor público de Mahón, el mismo que ahora, en estos precisos instantes, en esta Casa Consistorial se manifiesta— deseoso de testimoniar en forma multitudinaria, con calor de entusiasmo y con vibración de almas, su adhesión más fervorosa a la figura prócer de escritor que es nuestro paisano Mario Verdaguer.

En tales circunstancias, yo, más que conferenciante, me sentí el portavoz, el interprete, de aquella multitud que de manera tan elocuente expresaba sus sentimientos de admiración y de cariño por nuestro gran hombre de letras, y, como tal portavoz de mis conciudadanos, convencido de que obrando de aquella manera estaba en mi papel, al final de mi disertación, dirigiéndome al señor Alcalde de la ciudad, en aquel entonces Don Antonio Pons Monjo, que presidía el acto, le dije:

“Señor Alcalde,

Yo espero que el acto que celebramos no sea sino el

prólogo del homenaje oficial que Mario Verdaguer merece, del honor que únicamente el Excmo. Ayuntamiento de su digna presidencia le puede conceder: la declaración de Menorquín Ilustre, gerarquía que tan bien ganada tiene, y el dar su nombre a una de las calles del ensanche de la ciudad. Sólo así podremos pensar que nos hemos comportado todos de manera noble y justa con Mario Verdaguer”.

En este punto debo dar de nuevo las gracias a nuestro Excmo. Ayuntamiento porque mi petición, formulada en aquella ceremonia oficial y solemne de glorificación del Libro Español, ha sido cumplidamente atendida. Lo fue desde el primer momento. Y claro está que tenía que serlo, no por la pobre voz que la formulaba, sino por la justicia intrínseca de la petición y porque ésta surgía sobre el clamor de un verdadero plebiscito local e isleño.

Desde aquel día, desde aquel 23 de abril de 1960, hemos vivido, en Mahón y en Menorca, en un clima espiritual de homenaje permanente a Mario Verdaguer.

En tanto la Administración Municipal tramitaba el oportuno expediente, al que se puso término después de sucesivos acuerdos, con el de 21 de febrero de este mismo año, en el que el Ayuntamiento Pleno declaraba Menorquín Ilustre a Mario Verdaguer, la prensa y las emisoras, en Menorca y fuera de Menorca, no dejaron de prestar atención a esta noble figura de las letras hispanas.

El acto que estamos celebrando no es, pues, un acto aislado, no es el agasajo de un día, no es una ofrenda fugaz que pueda marchitarse, es la culminación de un proceso, perfectamente llevado, en el que de ninguna manera podía darse el menor quebrantamiento de forma.

Es la culminación de un proceso, pero no es su fin. Estos procesos de exaltación de nuestras figuras isleñas más gloriosas no pueden tener nunca fin, porque tales figuras quedan incorporadas para siempre al patrimonio espiritual de nuestro pueblo, son parte integrante del alma de Menor-

ca, son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, son nuestro mejor blasón, nuestro más legítimo orgullo. Y tanto más lo son cuanto mayor ha sido su dimensión cultural, su capacidad creadora, la influencia de su obra, su proyección sobre el ancho mundo.

Todo esto que digo es una verdad general, pero esta verdad hoy se singulariza en el caso particular de Mario Verdaguer y de Mario Verdaguer quiero yo proclamarla a gritos, porque sólo en el grito encuentro la capacidad de vehemencia expresiva, de entusiasmo contagioso que el momento que estamos viviendo nos exige.

Mario Verdaguer ya está en nuestra Galería de Menorquines Ilustres. Se ha incorporado, en imagen, al noble senado de patricios isleños que desde lo alto de este salón nos contemplan. Y se ha incorporado, forzoso es decirlo, en la forma más digna.

Este Mario Verdaguer que ahora contemplamos, interpretado pictóricamente por González Carbonell, es una maravilla de expresión que da del escritor la mejor idea. Esta es la imagen de Mario Verdaguer que debe quedar para la posteridad, la que sucesivas generaciones de menorquines vendrán a contemplar, bebiendo en la contemplación el espíritu del modelo que ha permitido a González Carbonell ejecutar esta obra maestra.

Imagen de Mario Verdaguer en su más lograda madurez de espíritu, imagen psicológica en la que está *todo Mario Verdaguer*, el Mario Verdaguer que se ha ido haciendo a sí mismo a lo largo de los años, con superación creciente, dejando lejos la visión juvenil que de él teníamos en el momento triunfal en que apareció *La Isla de Oro*.

¡Cuánta experiencia vital! ¡Cuánta expresión! ¡Cuánta indulgencia bondadosa hay en este gesto y en esta mirada!

Bien venida sea pintura de tal calidad a engrosar nuestra Galería de Menorquines Ilustres. Su adquisición es, para la ciudad, un éxito. Un éxito debido al patriotismo de un

Ayuntamiento, a la generosidad de un mecenas y al pincel de un esclarecido pintor.

Señores, es costumbre ya tradicional en el Ayuntamiento de Mahón, en actos como éste que ahora nos tiene congregados, el dar lectura a una biografía del homenajeado. Por esta vez, vamos a faltar a la costumbre. Hay motivos poderosos para que mi discurso —obligatoriamente breve, por las circunstancias en que lo pronuncio— no sea una biografía de Mario Verdaguer.

La exposición de una vida tan larga y tan intensa no cabe en los límites de mi parlamento. Tendría que ser, en todo caso, una exposición esquemática, una enumeración de los datos más importantes para imaginar sobre ellos una trayectoria vital absolutamente inaprehensible en semejante forma. Por otra parte, ustedes no necesitan de tal exposición, porque todos saben Mario Verdaguer quien es y cuales son sus altos méritos.

Las biografías leídas en actos como éste tienen por fin justificar ante el público el homenaje que se tributa, pero este homenaje de hoy no necesita de ninguna justificación porque hace años que está en nuestro ambiente.

Lejos de necesitar una justificación el acto de hoy constituye para cuantos me escuchan una satisfacción debida.

Pero queda todavía otro motivo más importante por señalar. Un motivo que exige una breve explicación, con la cual quedará el caso suficientemente dilucidado.

Don Joaquín de Entrambasaguas y Peña, Catedrático de la Universidad de Madrid, viene dirigiendo una magna colección novelística titulada *Las mejores novelas contemporáneas* —colección que publica la Editorial Planeta, de Barcelona—. Cada tomo de esta biblioteca novelística abarca un quinquenio de vida literaria española, quinquenio del que son exponente cinco novelas, una por año, seleccionada por el Prof. Entrambasaguas, a quien se deben los estudios de conjunto que preceden a las obras incluídas en cada

volumen, así como también los estudios monográficos, biográfico-críticos, en los que es analizada la personalidad de los autores escogidos.

Pues bien, al abrir el tomo octavo de este vasto *corpus* novelístico, que comprende el quinquenio 1930-1934, nos encontramos con que el Prof. Entrambasaguas, aludiendo al año 1934, afirma: "La mejor novela de este año fue sin duda alguna *Un intelectual y su carcoma*, de Mario Verdaguer..."

El texto de esta novela es, por tanto, la aportación menorquina al amplio panorama del género novelesco español dentro de la colección mencionada. Dicho texto va acompañado del pertinente juicio crítico del director de la biblioteca en cuestión. Del juicio crítico, nada más, porque, en este caso, la biografía no es suya.

Cuando el Prof. Entrambasaguas solicitó de Mario Verdaguer el envío de unos datos que le sirvieran, como de costumbre, para construir una semblanza del novelista, éste, en vez de tales datos para una ulterior elaboración, le envió el trabajo ya hecho. Le envió una *Síntesis autobiográfica*, que allí va inserta y de la cual el propio Entrambasaguas dice: "...que, sin particular entusiasmo, es de lo mejor que ha salido de su pluma y de verdadero interés, constituyendo una verdadera obra inédita del autor de *La isla de oro*".

En efecto, así es, añado yo por mi propia cuenta. Esta autobiografía de Mario Verdaguer, ceñida y precisa, viva y jugosa, en la que lo objetivo y lo subjetivo, los hechos y su interpretación, la historia propiamente dicha, los sentimientos y el humor del protagonista aparecen en una conjunción perfecta, es, con sus sesenta páginas, una joya literaria.

Una joya de tal naturaleza que obliga a todo presunto biógrafo de Mario Verdaguer a inhibirse del cometido propuesto. Porque es lo que me digo a mí mismo. ¿Después de haber leído la vida de Mario Verdaguer contada por él, cómo puedo atreverme yo a contarla? ¡Imposible! Mi intento sería un fracaso.

La vida de todo escritor es una preciosa fuente de información para sus lectores e intérpretes. Nos da la clave de muchos problemas espirituales, estéticos y técnicos que su obra plantea.

Estos problemas se dan en la obra ingente, densa y polifacética de Mario Verdaguer. Es conveniente que su biografía sea conocida por la enorme masa de sus lectores. Para ello la mejor solución sería contar con una edición independiente de su *Síntesis autobiográfica*. Desglosada de la colección donde hace un año escaso —en 1961— se publicó, una vez cobrada la entidad bibliográfica propia que merece, sería un librito de éxito indiscutible.

La existencia de esta obrita, pequeña por su tamaño, pero de alta calidad, excluye, como he dicho, todo intento ajeno, que no podría alcanzar la misma altura.

Creo que queda justificada con estas aclaraciones mi personal inhibición en el empeño.

Una pocas palabras más, para terminar.

Mario Verdaguer y Travesí —quiero pronunciar por una vez su segundo apellido, que no figura nunca en las portadas de sus libros— tiene en la actualidad setenta y siete años. Nació en Mahón el día 13 de junio de 1885. Nació en la calle de Isabel II, número 52. En la fachada de su casa natal tendremos que poner cualquier día —ya que no lo hacemos hoy— una lápida conmemorativa.

Nos falta también la calle del ensanche de la ciudad que lleve su nombre. Yo imagino que esta calle podría ser una de las calles contiguas al nuevo Instituto Nacional de Enseñanza Media, calles que sólo existen todavía sobre el plano de nuestra urbanización. De esta manera, el nombre de Mario Verdaguer sería para las presentes y futuras promociones de nuestros escolares una lección diaria y viva de Literatura Española y el perpetuo pregón de un motivo de autoestima menorquina, de orgullo isleño.

Más de sesenta años de vida de escritor lleva contados

Mario Verdaguer. Esta cifra basta para dar la medida de su esfuerzo intelectual. Pero hay que añadir que esta cifra no señala ningún límite, pues Mario Verdaguer sigue siendo un escritor en activo. Sería suficiente para afianzar semejante aserto la autobiografía que queda comentada. No se trata de una prueba única. Mario Verdaguer va a darnos aun muchas sorpresas con su copiosa producción inédita.

La primera de estas sorpresas va a ser una novela, otra novela, cuya publicación podemos esperar dentro de poco. Se titula *Las noches de papel* y es la evocación de lo que fue la vida periodística en el tercer decenio de este siglo, en los años veinte, como desde hace algún tiempo es costumbre decir. Novela... memorias... historia... Toda una época que pasó y a la que Mario Verdaguer, que pudo vivirla desde los mejores observatorios, infunde ahora nueva vida perdurable.

Perdónenme, señores, que en estos momentos, como en la ocasión al principio aludida, vuelva a sentirme el portavoz de Menorca para gritar a los cuatro vientos que la Isla, madre amantísima, en esta hora de emoción, estrecha entre sus brazos a su hijo predilecto Mario Verdaguer y le dice: Mario, hijo mio, me siento orgullosa de ti.

He dicho.

Datos para la historia

del teatro en Mahón

Por MARÍA LUISA SERRA BELABRE
Directora de la Casa de Cultura
de Mahón.

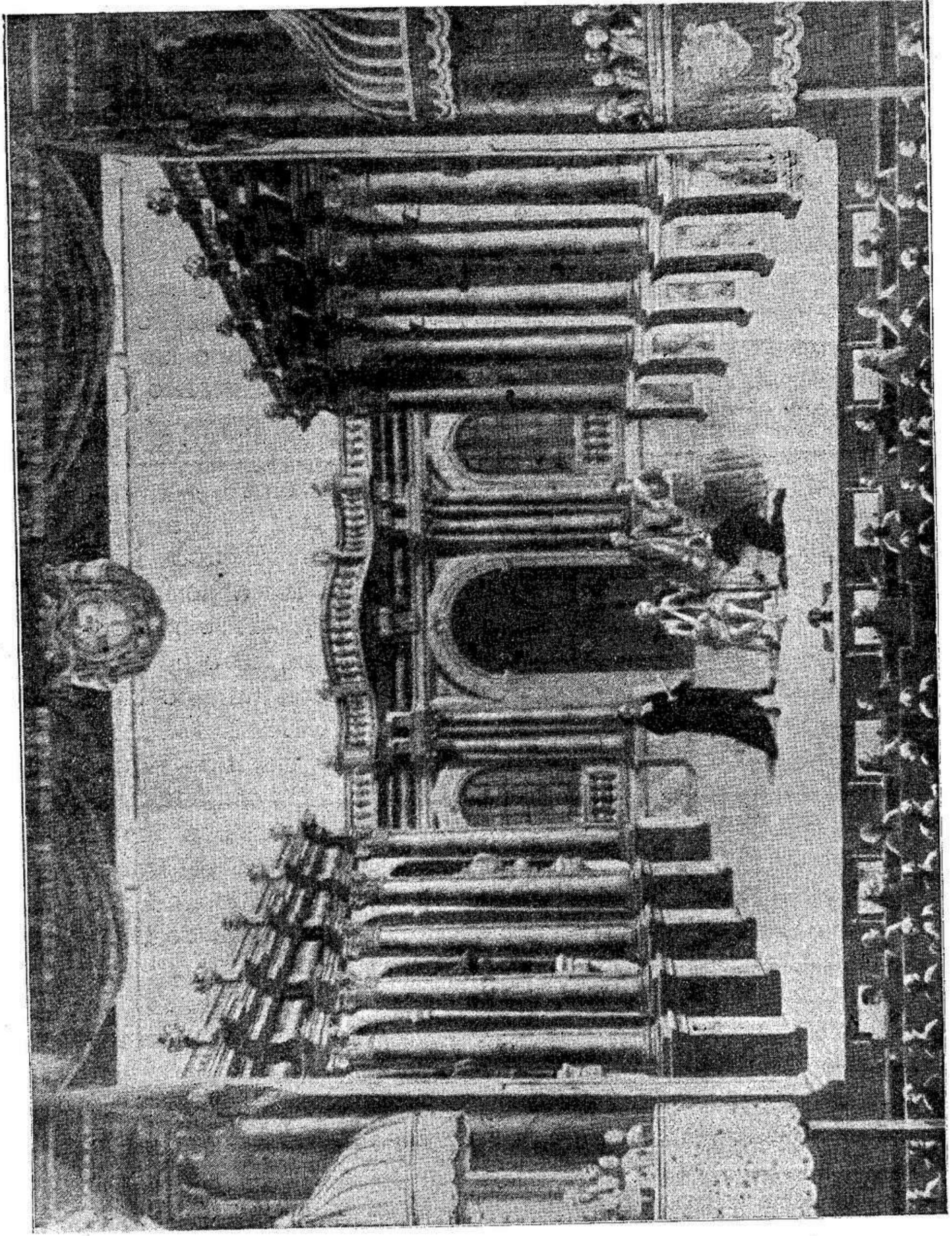
*Al Ilmo. Sr. D. Juan Gutiérrez Pons, Pbro. Cronista
de la Ciudad, Director del Instituto Nacional de
Enseñanza Media de Mahón.*

Mi amigo Juan Ainaud de Lasarte, Director de los Museos de Arte de la Ciudad de Barcelona, a quien tengo que agradecer interesantes noticias sobre nuestra Isla y cuanto a ella atañe porque ha puesto especial cuidado en recogerlas en sus constantes viajes a todos los países del mundo, viajes en los que pone siempre muy alto el nombre de nuestra España y de su Barcelona natal, me advirtió hace algunos años que en el Museo de Artes Decorativas de París había visto dos cuadros de procedencia menorquina que representaban el teatro de Mahón durante la época de la dominación francesa. Aproveché mi estancia en aquella Capital con motivo de asistir al VIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, que tuvo lugar el mes de julio del año 1960, para localizar dichos cuadros y

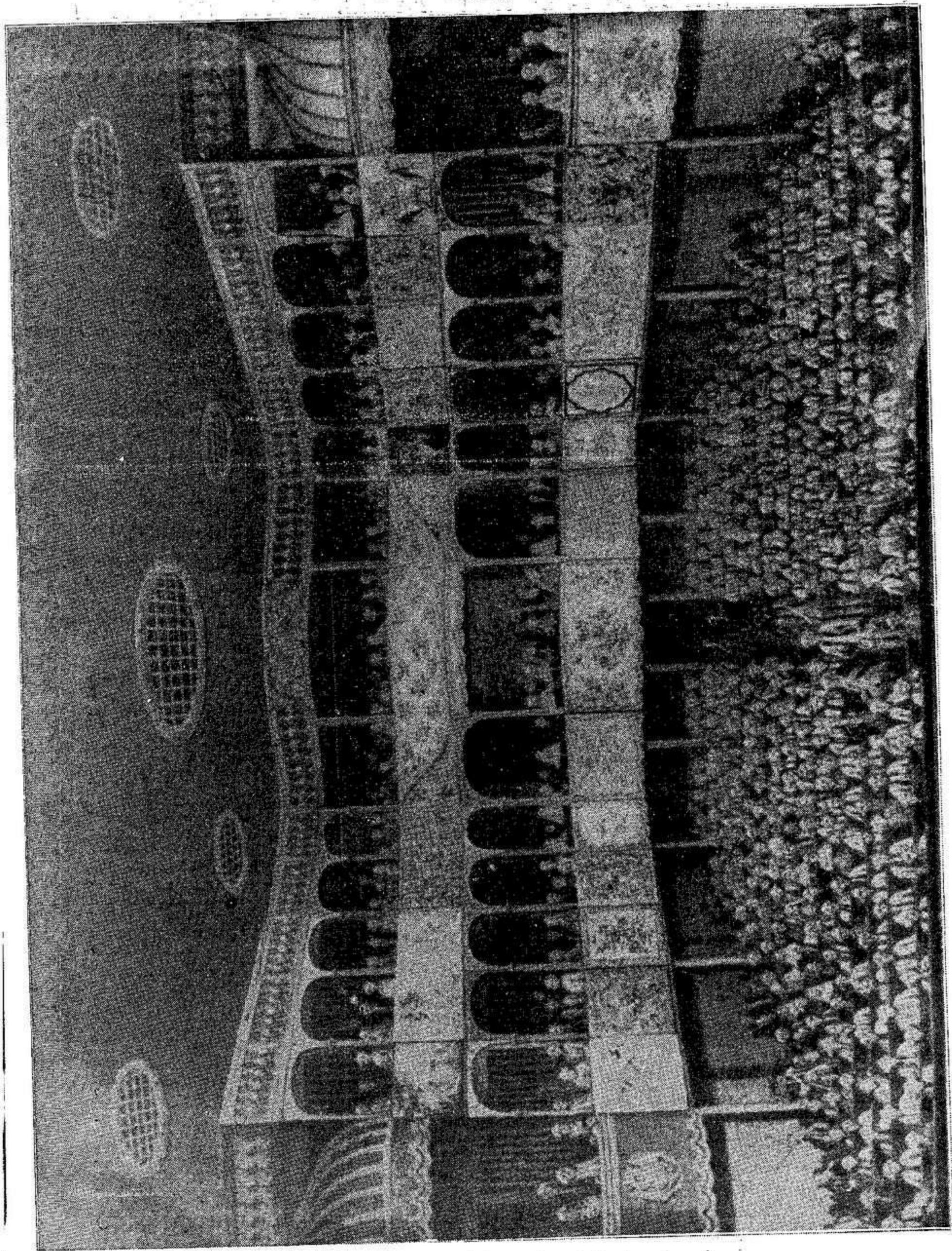
efectivamente, en el segundo piso del citado Museo, en el ala dedicada a los muebles y objetos decorativos de los países mediterráneos y en una de las salas españolas, colocados junto a una de las dos ventanas que tiene la pieza mirando a la Plaza de la Concordia y los Campos Elíseos ví situadas en la misma línea una junto a otra, las obras pictóricas en busca de las cuales andaba y por las que había dejado una de las sesiones del Congreso ya que de no hacerlo así no hubiera podido verlas ni llevar a cabo las gestiones necesarias para obtener el documento gráfico que completara la noticia que de ellos me llevaba.

Localizados y vistos los cuadros que me interesaban, visité la Dirección del Museo y obtuve la promesa —ya que las pinturas en cuestión no figuraban todavía en el archivo fotográfico de la Casa— de que serían tomadas unas fotografías y me las enviarían tan pronto les fuera posible. A fines de agosto del mismo año, Mlle. Monique Ricour, Conservadora del Museo y Encargada de Misión, tuvo la amabilidad de mandarme dos copias fotográficas, tamaño 18 x 24, realizadas por HELENE ADANT del MUSEE DES ARTS DECORATIFS DE PARIS, lo que me ha permitido reproducida la escena XXII del tercer acto de "Le malade imaginaire" de cómo era el teatro que sirvió para recreo de los mahoneses durante el siglo XVIII. Colocada sobre ambos cuadros hay una cartela que dice: "Répresentation de "Le malade imaginaire" au Theatre de Mahón sous la domination française pendant le Gouvernement du Comte de Lannion vers l'année 1760" y como puede comprobarse por las fotografías se trata de una visión completa del teatro con su escenario y sala sirviendo de punto de unión y de referencia el palco del Gobernador y su oponente que figuran a la derecha o a la izquierda según sea el punto de observación.

En el cuadro que representa el escenario está reproducida la escena XXII del tercer acto de "Le malade ima-



(Fotografia de Helene Adant, del Musée des Arts Decoratifs de Paris)



(Fotografía de Helene Adant, del Musée des Arts Decoratifs de París)

ginaire” de Molière, cuando Cléante que está enamorado de Angelique, la hija de Argan, el que se cree enfermo, se arroja a los pies de éste prometiéndole que si le da la mano de Angelique él estudiará la carrera de Medicina, que es la condición que impone Argan. En escena, además de los personajes citados, está Béralde, hermano de Argan, y Toinette, la criada de la casa que durante unas escenas se ha fingido médico para levantar el ánimo del enfermo, pero si nos fijamos en el cuadro, el personaje que se halla a la derecha del protagonista más tiene de hombre que de mujer disfrazada de tal, lo que da lugar a pensar si hallando dificultades para contar con las tres actrices que requiere la obra, la criada en este caso tuvo que convertirse en criado. La decoración, típica del sigloXVIII, semeja un patio rodeado de columnas de mármol, con una puerta y ventanales al fondo, todo en un estilo que ya tiene mucho de neoclásico. A propósito de esta decoración, me dijo Alfredo Marquerie que era la misma que se estilaba entonces en Francia, que la del Teatro Richelieu de París era idéntica; recordemos que el teatro francés imponiendo las unidades clásicas de acción, tiempo y lugar había hecho desaparecer la movilidad y el cambio de decoraciones que era necesaria en los escenarios al representarse obras de teatro español, cambio que ingeniosamente había sido resuelto como se acostumbra todavía en la actualidad en las representaciones —demasiado escasas— en el Corral de Almagro, o como hemos tenido ocasión de ver en el Teatro de María Guerrero, en la escenificación al estilo antiguo de “La bella malmariada” con motivo del Centenario de Lope de Vega.

Como “Le malada imaginaire” es una comedia-ballet, amenizando éste los entreactos y el final —dentro del argumento de la obra— al pie del escenario se ven los músicos, en el momento que representa el cuadro atentos a lo que ocurre en el escenario o conversando entre sí, con muy poco respeto a los artistas y sobre todo a la presencia del Gober-

nador; pero tienen entre ellos el papel pautado iluminado por dos velas cada uno, lo que acaba de dar carácter y sabor de época a la pintura. En el palco presidencial, con colgadura roja y galones dorados luciendo en el centro el escudo de los Borbones franceses, está el Conde de Lannion con su delgadez característica —sabemos que una enfermedad crónica del pecho complicada con una pulmonía le llevó al sepulcro en Mahón el mes de noviembre de 1762— acompañado por otros seis señores, todos con casacas de colores oscuros y adornos dorados. En el palco de enfrente debe hallarse la Gobernadora acompañada por otras señoras francesas, algunos caballeros, cuyas casacas, así como los vestidos de ellas, son de tonalidades claras, y una sola señora vestida a la menorquina con su rebosillo de rico tisú y el jubón negro acostumbrado. La colgadura de este otro palco principal es de fondo blanco con ramas, hojas y flores llenando el campo y pájaros graciosamente esparcidos sobre los huecos que aquellas dejan libres. Finalmente otro gran escudo francés está colocado en el centro superior de la boca del escenario, colgando casi toda su mitad inferior y sobre su cima se recogen unas cortinas rojas que sujetas también a ambos ángulos superiores de la citada embocadura se pliegan en elegantes drapeados, sin continuar hasta el suelo y no mostrando sino dos breves puntas que no llegan ni a las cupulitas que a manera de baldaquino protegen los dos palcos del proscenio. Discretamente toda la parte que enmarca el escenario queda en la penumbra, dominando los colores oscuros, excepto los dos palcos que ya quedan descritos. En la escena predomina el tono gris con suaves gradaciones del simulado mármol, elemento componente de toda la decoración, y el rosado de los celajes que parecen iluminados por el sol de la tarde.

El segundo cuadro representa la sala del teatro. Tal como está pintado, da la impresión de tener pequeñas dimensiones; pero puede contarse perfectamente la gente que

ocupa lo que hoy llamamos el patio de butacas y resulta tener quince filas con trece personas sentadas a derecha e izquierda en cada una de ellas, de modo que multiplicando quince por veintiseis nos da un total de trescientos noventa asientos de cabida, bien es verdad que según se ve en el primer cuadro descrito los asientos estaban formados por bancos donde el personal podía apretujarse, aunque la pintura no da sensación de amontonamiento. En este cuadro predomina el color azul del cielorraso adornado con los dorados de los huecos de ventilación o salida de aire. El teatro tiene dos pisos y va coronado por una balaustrada, pintada en oro, así como toda la carpintería de los palcos. Estos están adornados en su totalidad con bellos reposteros de variados y claros colores que proporcionan una nota alegre al cuadro y hacen recordar las preciosas telas que poseían las casas menorquinas, cuya existencia conocemos no sólo por los ejemplares que actualmente se conservan sino también por los inventarios de la época. En estos palcos, totalmente ocupados, se ven muchos caballeros y algunas señoras vestidos a la francesa. Entre el elemento femenino predominan, naturalmente, las señoras vestidas a la menorquina. Digo naturalmente porque así como los hombres, a no ser los del pueblo o del campo, vistieron según el estilo que predominaba, español en el siglo XVII, francés en el XVIII, las mujeres jamás trocaron sus galas típicas por la importadas, así resulta lógico que todos los caballeros, franceses o menorquines, vistan casaca y de las señoras, solamente las esposas o familiares de militares y oficiales administrativos de la ocupación, muy pocas en número, sigan la moda de París. En cuanto a las menorquinas, cabe observar que el rebosillo que lucen no presenta las puntas prolongadas sobre el pecho que más tarde durante la época española pueden verse en los retratos de damas de Menorca, sino que se parecen a los que se han adoptado ahora, al renacer el gusto por el traje y las danzas típicas, con lo que tendríamos

en la evolución de esta prenda, que sin haber nacido aquí se convirtió en el distintivo más característico del traje menorquín, un período de crecimiento en tamaño tal como acabamos de citar y luego sobrevendría el de reducción, que hemos hecho notar en otros trabajos, hasta llegar a su más mínima expresión en la época Imperio para desaparecer finalmente.

Los palcos, por su parte posterior, excepto los del frente en que está cubierta con telas ricas, están cerrados por una verja de madera, formada por barrotes verticales torneados de color oscuro. En cambio en el piso se ve la pared de sillares, de acuerdo con la construcción típica de Menorca, pintados de un color rojizo que recuerda el ladrillo. El patio da la impresión de estar ocupado por la tropa. Salvo algunos caballeros, como esos dos que están de pie junto al pasillo central de la tercera fila y algunos menorquines, todas las demás figuras representadas visten igual: casaca amarilla, o blanca quizá, con galones rojos. No es ciertamente el color de los uniformes que estamos acostumbrados a ver en las acuarelas conocidas representando escenas de la época; pero la minuciosidad con que el pintor reproduce todos los personajes, hace pensar que no habría constituido inconveniente para él pintarlos tal como iban si hubiesen vestido cada cual a su manera y la verdad es que todos están igualmente trajeados. A mayor abundamiento hay repartidos estratégicamente en diversos lugares de la sala unos tipos con el tricornio calado y bandolera que parece tienen la misión de hacer guardar el orden y la compostura debida en un acto que por los espectadores que concurrían debía revestir una gran solemnidad.

Como obra de arte, creo que seremos bastante indulgentes si la tratamos de mediocre. Es sencillamente un documento y para nosotros, de verdadero valor. Yo guardé durante mucho tiempo estas fotografías con la ilusión de buscar en nuestros archivos las noticias que documentaran

este posible antecesor de nuestro Teatro Principal. Como tantas otras cosas mías, quedó solamente en proyecto, y ahora, conociendo la interesante investigación que realiza nuestro Cronista-Archivero Municipal y estimado amigo mío el Rvdo Don Juan Gutiérrez Pons, Pbro., he tenido una gran satisfacción en poder ofrecerle este material gráfico con la seguridad de que él nos dará a conocer los pormenores de este edificio público que existía en Mahón hacia la mitad del siglo XVIII.

Datos catalográficos de los cuadros comentados.

Procedimiento: Oleo.

Poseedor: Musée des Arts Decoratifs de Paris.—Palais du Louvre.—Pavillon de Marsan.

Referencia: ESCENARIO.—D 37635 A — SALA. -D37635 B

Dimensiones: Alto.—575 mm.; Largo.—720 mm. Iguales ambos cuadros.

Esta REVISTA agradece profundamente la protección económica dispensada por las prestigiosas firmas comerciales que van a continuación, cuya política menorquinista es de admirar e imitar:

Industrial Quesera Menorquina, S. A.

Bar Monterrey

Carretero y Timoner, S. A.

J. Codina Villalonga

Industrial Bisutera Menorquina, S. L.

Gin Xoriguer

Hotel Port-Mahon

Gestoría "Orfila"

Bolsa del automóvil

Representante Cafeteras FAEMA

Francisco Nadal Mercadal

Gin Beltrán

Restaurante - Pensión Rocamar

Muebles Gali

Ciclos Reynés Agencia Montesa

Guillermo Astol Tomás

Productos Masyc

Helados "La Menorquina"

Fincas Pons

"Dolfo" Fotografía

Pastelería "Gary"

"La Cigüeña" Novedades para señora

